COLISIÓN EN Nueva York



AMARA ELARA

Colisión en Nueva York

Amara Elara

Prólogo

La ciudad de Nueva York nunca duerme, pero esta noche parece pesar con todo su peso sobre los hombros de Liam. A través del cristal tintado del taxi que lo lleva de regreso al Upper West Side, las luces de Broadway no son más que estelas borrosas, una aceleración de colores que le revuelve el estómago.

En la palma de su mano aún siente la vibración residual de su stick, ese golpe seco contra el hielo que normalmente le provoca una descarga de adrenalina. Esta noche, no ha sentido más que vacío. Un vacío abismal, más gélido que la pista del Garden.

Es el «Dios del hielo», el capitán al que todos idolatran, el hombre cuyo rostro se exhibe en formato gigante en la Séptima Avenida. Pero detrás de la armadura de kevlar y de las sonrisas de fachada impuestas por su agente, Liam se desmorona. Es una máquina oxidada cuyos engranajes chirrían bajo el esfuerzo de parecer invencible.

Aún no sabe que en unos días, sobre una acera mojada de Manhattan, su trayectoria recta se hará añicos. No sabe que una colisión brutal con una desconocida de ojos cargados de secretos está a punto de causar más daño que cualquier placaje sobre el hielo.

La cuenta atrás ha comenzado. Y, por primera vez en su vida, Liam ya no controla el partido.

El peso de la armadura

El golpe de un stick contra la barandilla resonó como un disparo en las entrañas del Madison Square Garden. Liam ni siquiera necesitó levantar la mirada para saber que era Miller, su extremo derecho, desahogando su rabia.

—¡Joder, Liam! ¡Ese partido era nuestro!

Liam no respondió. Derrumbado frente a su taquilla, con la cabeza baja, mantenía las manos apretadas entre sus rodillas aún protegidas por las espinilleras. El sudor le corría por las sienes, surcando líneas saladas en la fina película de hielo adherida a su piel. A su alrededor, el vestuario de los New York Monarchs olía a derrota: una mezcla de cuero mojado, analgésicos y egos destrozados.

El capitán. Ese era él. El rostro de la franquicia, el que adornaba la fachada de la Séptima Avenida. Y esa noche, sobre el hielo, no había sido más que una sombra.

—Déjalo ya, Miller —lanzó con una voz ronca que cortó en seco los reproches.

Comenzó a quitarse las protecciones. Cada tira de velcro que se despegaba le resultaba insoportable. A los veintiocho años, se suponía que debía estar en la cima, y sin embargo se sentía como una máquina oxidada cuyos engranajes chirriaban. Las expectativas de los fans, los contratos, las tácticas… todo pesaba ahora más que su propio equipo.

Media hora después, tras una ducha ardiente que no logró aliviarle, se puso un traje oscuro hecho a medida. Evitó la mirada del entrenador en el pasillo y se escabulló hacia la salida de servicio.

—¡Liam! La prensa te espera en la zona mixta —lo llamó el responsable de comunicación, con una tablet en la mano.

—No esta noche, Mark. Diles que estoy lesionado. O lo que quieras.

Dejó su coche oficial. Necesitaba aire, ese anonimato imperfecto que ofrece la noche neoyorquina, aunque Nueva York nunca duerma del todo. Afuera, se subió el cuello del abrigo y se caló la gorra.
Caminó varias manzanas, con las piernas pesadas, hasta detenerse frente a la ventana tenue de un bar en Hell's Kitchen, lejos de los neones agresivos de Times Square. El letrero chisporroteaba suavemente: *The Rusty Anchor*.

El lugar era perfecto. Sin VIP, sin cámaras, solo el olor de la madera encerada y del bourbon barato. La campanilla sonó débilmente cuando abrió la puerta, ahogada por una playlist de rock de los años 80. Se deslizó hasta el extremo de la barra, en la penumbra.

—Un doble whisky. Solo —dijo al barman, que ni siquiera levantó la vista de su periódico.

Cuando llevaba el vaso a los labios, sintió su teléfono vibrar en el bolsillo. Un mensaje de su agente. Luego otro, de su padre. No los abrió. Fijó su reflejo borroso en el espejo detrás de las botellas. ¿Quién era, sin esa camiseta número 22?

Se bebió el vaso de un trago. El ardor del alcohol fue lo único que le hizo sentir vivo esa noche.

—Otro —pidió, deslizando el vaso vacío sobre la barra.

El barman, un tipo de rostro curtido que debía conocer todas las resacas de Manhattan desde hacía treinta años, obedeció sin decir palabra. Era exactamente lo que Liam buscaba: silencio. Sin preguntas sobre sus estadísticas, sin críticas a su juego, sin peticiones de selfies para el sobrino de alguien.

Sacó del bolsillo una foto arrugada, un recorte de periódico que llevaba consigo como un castigo. En él aparecía levantando la copa, dos años atrás, con una sonrisa amplia y casi insolente, rodeado por sus padres. Hoy, su padre solo lo llamaba para hablar de cifras, y su madre se preocupaba por su "imagen de marca". Nadie le preguntaba ya cómo estaba. Guardó el papel y se concentró en su vaso.

El alcohol entumecía sus miembros, pero no lo suficiente como para acallar esa pequeña voz que le susurraba que se estaba asfixiando. Se sentía como un impostor en su traje de dos mil dólares.

—Bonito reloj —lanzó un habitual tres taburetes más allá, con la mirada perdida—. ¿Vale lo mismo que mi coche?

Liam no respondió. Apretó el vaso con más fuerza, sintiendo la tensión subirle por los hombros. Incluso allí, su estatus se filtraba. Necesitaba salir, mezclarse con la multitud, ser solo una sombra entre los ocho millones de habitantes.

Dejó un billete de cincuenta sobre la barra, sin esperar el cambio, y empujó la pesada puerta del bar. El aire de Nueva York le golpeó el rostro, una mezcla de frío cortante y gasolina. Una fina lluvia comenzó a caer, transformando el asfalto en un espejo negro bajo las luces de Hell's Kitchen.

Caminó sin rumbo, con las manos en los bolsillos, la marcha algo menos firme. El whisky difuminaba los contornos, suavizaba las luces de la ciudad. No le importaba la dirección. Por primera vez en meses, no había toque de queda, ni sesión de vídeo al día siguiente. Solo era Liam.

Se detuvo en la esquina de una avenida, la mirada alzada hacia los rascacielos que arañaban el cielo bajo. En ese instante, ya no pensaba en el hockey. Pensaba en esa sensación de caída libre que lo invadía cada vez que se quitaba los patines.

De pronto, el relativo silencio de su deriva se vio interrumpido por las risas de un grupo de turistas que salían de una trattoria. Liam apartó la mirada, huyendo de la luz, y se internó en un callejón más oscuro, donde las sombras parecían más acogedoras. Se quedó allí, inmóvil, buscando en la mordida de la lluvia una razón para no desaparecer por completo en la oscuridad.

Se apoyó contra un muro de ladrillos, frío y húmedo, cerró los ojos un instante y dejó que la lluvia lavara la sal seca de su rostro. El capitán de los Monarchs había muerto por esa noche. El náufrago, en cambio, acababa de llegar a la orilla.

Se quedó allí, inmóvil, durante lo que le pareció una eternidad. El frío atravesaba la tela de su traje, pero ese dolor resultaba casi reconfortante. Era tangible, a diferencia de las sonrisas falsas que debía ofrecer a los patrocinadores.

Una pareja pasó frente al callejón, refugiada bajo el mismo paraguas. Sus risas y sus pasos sobre el pavimento mojado resonaron por un instante. Liam se hundió un poco más en la

sombra. Los envidiaba. Su anonimato, su despreocupación, la simplicidad de ese momento compartido. Para él, cada gesto era observado, cada palabra diseccionada.

Si salía con una mujer, al día siguiente su rostro aparecería en la portada de los tabloides deportivos, acompañado de especulaciones sobre el impacto de su vida sentimental en su rendimiento.

Finalmente se separó del muro. Sus pasos lo llevaron hacia la Octava Avenida. Necesitaba moverse, expulsar esa mezcla tóxica de adrenalina y whisky que le ardía en las venas.

Al pasar frente a un quiosco cerrado, reconoció, incluso detrás de la reja, su propio rostro en la portada de una revista. El titular cruzaba su pecho: «O'Connor: ¿El fin de un reinado?». Apartó la mirada, con una mueca amarga. Nueva York te adoraba mientras ganabas, pero no tenía piedad con los ídolos que vacilaban.

Finalmente llegó a su edificio en el Upper West Side. No soportaba la idea de estar solo esa noche. El portero nocturno, un hombre mayor que lo había visto pasar decenas de veces, le hizo un leve gesto de cabeza.

—¿Noche difícil, señor O'Connor?

—Se podría decir que sí, Gus.

Liam subió al ascensor. En el espejo de acero cepillado no vio a la estrella del hockey. Vio a un hombre con los ojos enrojecidos, la corbata deshecha, el cabello revuelto, los hombros hundidos bajo un peso invisible.

En su apartamento, ni siquiera encendió la luz. Se dirigió al bar, se sirvió un whisky, se quitó la camisa y la dejó sobre el sofá. Luego caminó hasta el gran ventanal que dominaba la ciudad. Nueva York se extendía a sus pies.
Mañana, a las seis de la mañana, volvería la realidad. El entrenamiento, las reprimendas del entrenador, el peso del brazalete de capitán. Pero esa noche, en el silencio asfixiante de su apartamento, no era más que un hombre roto. El eco de los gritos del estadio aún resonaba en su cabeza, un ruido vacío al que buscaba desesperadamente un sentido.

Se bebió el último sorbo de whisky, el sabor áspero quemándole ligeramente la garganta. Se levantó con pesadez y se dirigió al baño. Se desvistió mecánicamente, dejando caer la

ropa sobre el frío azulejo. Bajo la ducha, el agua demasiado caliente lo devolvió por un instante a sí mismo, lavando el sudor, sin borrar el cansancio que le partía los huesos.

Luego se deslizó entre las sábanas frías. Mañana sería lo bastante pronto para enfrentarse a lo que le esperaba. Por ahora, se dejaba hundir, escapando ya, en el sueño, del día siguiente.

El aire de la libertad

La Terminal 4 de JFK era un monstruo vivo, un auténtico laberinto de vidrio y acero donde los idiomas de todo el mundo se mezclaban en un murmullo constante. Camélia empujó las puertas de cristal, el carrito chirriando detrás de ella sobre el suelo impecable. Nueva York la sintió antes de verla: una bocanada de aire acondicionado helado que le cortó la respiración, seguida de ese olor tan particular de los grandes cruces: una mezcla de queroseno, café quemado y esa tensión eléctrica que siempre flota en el aire de Manhattan.

Se detuvo justo en medio del paso, dejando que los viajeros apresurados la rodearan, refunfuñando. Inspiró profundamente, como si pudiera llenar sus pulmones de ese aire nuevo, virgen, que aún no le pertenecía.

—Estoy aquí —murmuró, casi para comprobar que era real.

Y esa simple palabra, «yo», resonó en su interior de una manera extraña.
Sus manos, aún ligeramente temblorosas tras ocho horas encerrada en un avión, se aferraron con más fuerza al asa de su bolso. En su interior, su pasaporte francés lucía con orgullo el sello recién estampado de inmigración. Para el agente tras el mostrador, no era más que otra turista, un número entre la multitud. Para ella, era un pasaporte hacia la evasión.

En París, había dejado atrás los pasillos pálidos de urgencias, las noches interminables y esa rutina que la había vaciado poco a poco, hasta la última gota. Enfermera desde hacía seis años, había pasado demasiado tiempo curando las heridas de otros mientras las suyas se infectaban en silencio.

Necesitaba ese vértigo, sentirse diminuta al pie de aquellos rascacielos donde nadie conocía su nombre, donde ningún pitido urgente vendría a reclamarla. Ya no quería ser el pilar, la persona en la que todos se apoyan cuando todo se derrumba. Aquí no era nadie. Y ese pensamiento le resultó como una bocanada de oxígeno.

Su teléfono vibró. Un mensaje de Thomas, su amigo de la infancia instalado en Brooklyn desde hacía tres años:

«Estoy en la zona de llegadas, zona B. Busca un Toyota gris que ya ha sobrevivido a tres accidentes. Welcome to the jungle, Cam.»

Se puso en marcha de nuevo, con el paso de repente más ligero. Al pasar frente a los escaparates brillantes, su reflejo la sorprendió. Le costaba reconocer a la mujer agotada, impecablemente arreglada tras una guardia de doce horas, que había sido apenas la semana anterior. Sus rizos castaños estaban alborotados, sus mejillas sonrosadas por la emoción, y sus ojos brillaban con una luz que no les conocía. Era una página nueva, aún en blanco.

El trayecto hasta Brooklyn pasó como una película.

La autopista congestionada, los enormes carteles publicitarios, los viejos depósitos de agua sobre los tejados de ladrillo… Camélia estaba pegada a la ventanilla, hipnotizada. Y cuando la silueta de Manhattan apareció a lo lejos, recortándose contra el cielo del final de la tarde, un escalofrío le recorrió la espalda. Un bosque de vidrio y acero, a la vez magnífico y completamente indiferente.

Thomas se detuvo bruscamente frente a las puertas giratorias del hotel, con el motor aún en marcha.

—Te dejo instalarte —dijo desde la ventanilla abierta—. Nos vemos esta noche, ¿de acuerdo?

Camélia asintió levemente y lo observó alejarse en el flujo del tráfico neoyorquino. Permaneció un largo instante en la acera, como anclada al suelo, mientras el rumor sordo de la ciudad le llegaba amortiguado por el calor de la tarde. Finalmente, respiró hondo y se giró para enfrentarse a la fachada de mármol, vertiginosa e imponente.

En el interior, el aire era fresco y olía vagamente a lirio. Detrás del mostrador de caoba, un recepcionista de bigote impecable le dirigió un gesto profesional.

—Buenos días, señorita. Su habitación está lista.

Le tendió una tarjeta y, casi de inmediato, un joven botones de rostro abierto se acercó para tomar su maleta.

—Por aquí, por favor —dijo, señalando los ascensores.

En el silencio acolchado de la cabina que ascendía, él le lanzó una mirada de reojo, con una sonrisa en los labios.

—Es su primera vez en Nueva York, ¿verdad?
Camélia no pudo evitar reír suavemente.
—¿Se nota tanto? Debo de tener cara de turista.

—Oh, en absoluto —mintió con amabilidad, con los ojos brillantes—. Es solo… intuición. Si busca buenas direcciones para ir de compras o un sitio agradable para cenar, tengo una pequeña lista. Lugares que las guías no mencionan.

—Sería perfecto, gracias.
Al llegar a su habitación, deslizó la tarjeta en la cerradura. El clic fue seguido de un silencio apacible. Encendió la luz, dejó su maleta junto a la puerta con un gesto cansado y se acercó lentamente a la gran ventana.

Se quedó sin aliento. Ante ella se extendía, en todo su esplendor, la bahía de Nueva York. Los rascacielos se recortaban contra un cielo anaranjado por el sol poniente, y la Estatua de la Libertad, pequeña y lejana, parecía hacerle un discreto gesto de bienvenida desde el puerto. Apoyó la palma de la mano contra el cristal frío, y una sonrisa tranquila se dibujó en su rostro.

Por fin estaba allí.

La mecánica del hielo

A las seis en punto, el timbre estridente del teléfono desgarró el silencio del apartamento, marcando el regreso brutal a la realidad que tanto había temido la noche anterior. Liam abrió los ojos, con la boca pastosa y el cráneo atrapado en un torno invisible.

El recuerdo del doble whisky seco que había bebido en el *Rusty Anchor* le dejó un sabor a ceniza en la lengua. Apartó las sábanas frías con una lentitud dolorosa; cada músculo de su espalda le reclamaba atención. La realidad lo alcanzaba, implacable: el entrenamiento, las reprimendas del entrenador, las expectativas asfixiantes y el peso inconmensurable del brazalete de capitán.

Se arrastró hasta el baño, con los pies descalzos golpeando el suelo helado. En el espejo, no vio al jugador estrella cuyo rostro se exhibía en gigante en la Séptima Avenida. Solo vio a un hombre con ojeras, agotado y vacío. Bajo la ducha, el agua ardiente limpió el sudor de la noche, pero fue incapaz de disolver ese cansancio antiguo que le partía los huesos desde hacía meses. Cuando se puso la ropa deportiva en la penumbra, sintió la ciudad despertar a su alrededor, esa megalópolis ruidosa que no le concedía ningún respiro.

Una hora más tarde, el aire helado de la pista de entrenamiento del Madison Square Garden le agredía los pulmones. Al empujar la pesada puerta del vestuario de los New York Monarchs, la atmósfera no había cambiado desde la amarga derrota de la víspera. El olor a cuero mojado, analgésicos y egos destrozados seguía flotando en el aire, más persistente que nunca.

Nadie hablaba. Miller, su extremo derecho, se ataba los patines con una rabia contenida, tirando de los cordones como si fuera a cortarse los dedos, aún consumido por la ira.

Liam ocupó su lugar habitual, desplomado frente a su taquilla. Comenzó a ponerse las espinilleras; cada gesto le parecía pesar una tonelada. El número 22 de su camiseta lo observaba desde la percha. Ese número debía ser un orgullo, un símbolo de su papel como capitán y defensa. Hoy le parecía una diana pintada en la espalda. Él era la franquicia, el que debía sostener a los demás… pero ¿quién lo sostenía a él? Pensó fugazmente en el

mensaje de su padre, ignorado la noche anterior en el bar. Sabía lo que contenía: estadísticas, cifras, estrategias de carrera. Nadie le preguntaba ya cómo estaba.

El entrenador entró con la mandíbula tensa. El golpe de su cuaderno contra la pizarra resonó como un disparo.

—¡Si creéis que vais a jugar con la misma blandura que anoche, estáis muy equivocados! —ladró, recorriendo la sala con la mirada—. ¡Somos los Monarchs de Nueva York! Os comportáis como novatos aterrorizados por la presión. ¡O'Connor!

Liam alzó lentamente la cabeza, encontrándose con la mirada dura del entrenador.

—Es tu equipo, Liam. Te toca defender la línea azul. Anoche, la línea azul no existía.

Tu cabeza estaba en otra parte, y eso le costó el partido a todo el equipo.

Sobre el hielo, la sesión fue un auténtico castigo.

Los golpes contra la barandilla se sucedían, brutales y sin piedad. Los pulmones de Liam ardían, el aire helado le desgarraba la garganta a cada respiración, pero patinaba como si fuera a reventarle el corazón. Los ejercicios de intervalos lo empujaban hasta sus últimos límites. En cada giro brusco, el titular de la revista que había visto el día anterior frente al quiosco cerrado se repetía en su mente: «O'Connor: ¿El fin de un reinado?». Tenía que demostrarles que la máquina no estaba muerta, que sus engranajes no chirriaban tanto como él sentía.

Pero el verdadero infierno no terminó al salir del hielo. Cuando salió de las duchas, con los músculos temblorosos y doloridos, Mark, el responsable de comunicación, lo esperaba en el pasillo, con su eterna tablet pegada al pecho.

—Hoy no hay escapatoria, Liam —sentenció Mark antes de que pudiera hablar—. Ayer me dejaste tirado en la zona mixta; te cubrí diciendo que estabas lesionado. Pero esta tarde tienes una rueda de prensa con la televisión local y una reunión con los patrocinadores de la liga. Tenemos una imagen que cuidar.

La imagen. Las mismas palabras que usaba su madre. Liam cerró los ojos un instante, tragándose el rechazo visceral que le quemaba los labios. Se limitó a ponerse un traje

oscuro a medida, esa segunda piel de dos mil dólares en la que cada vez se sentía más como un impostor.
Durante horas, soportó las luces cegadoras de la sala de prensa. Repitió con voz monótona los discursos preparados por Mark.

—Liam, ¿cómo explica el bajón del equipo? —preguntó un periodista en primera fila, con el bolígrafo suspendido.

—La temporada es larga —respondió Liam mecánicamente—. Estamos atravesando un mal momento, pero el vestuario está unido. Estaremos listos para el próximo periodo.

Aseguró a los periodistas que el equipo seguía fuerte y luego sonrió a los socios financieros que solo lo veían como una inversión rentable. Era un producto, un rostro en un cartel, y esa deshumanización alimentaba la profunda desconfianza que sentía hacia el mundo exterior. Sabía que la más mínima grieta, el más pequeño signo de debilidad, sería analizado, vigilado y arrojado a los tabloides deportivos. Si dejaba ver su soledad, especularían de inmediato sobre su impacto en su rendimiento.

Cuando el crepúsculo envolvió por fin los rascacielos de Manhattan, la jornada oficial terminó. Liam se encontró en la acera de la Séptima Avenida, completamente vacío. La ciudad brillaba con sus neones agresivos, vibrante y ruidosa, pero dentro de él solo había silencio y agotamiento. La adrenalina del entrenamiento, mezclada con la presión mediática y las sonrisas falsas ofrecidas a los patrocinadores, le quemaba las venas como un veneno.

Se metió en la parte trasera de un taxi para huir de las miradas. Mientras observaba las calles congestionadas a través del cristal tintado, sintió cómo el torno se cerraba un poco más sobre su pecho. La tentación de volver a beber en el *Rusty Anchor* lo acosaba; la necesidad de escapar de esa sensación de caída libre se volvía casi incontrolable. La lluvia del día anterior había dado paso a una noche clara y cortante, pero su mente seguía nublada.

Sin embargo, el agotamiento físico pudo con él. Sabía que al día siguiente sería otra jornada idéntica, otra representación en la que tendría que demostrar que merecía su estatus. La presión estaba a punto de estallar, y sentía, en lo más profundo, que no podría mantener esa fachada para siempre. La línea de fractura estaba tan cerca que casi podía sentirla en la piel.

Pero por esa noche, se limitó a regresar y encerrarse en el silencio helado de su apartamento, aplazando por poco su propia caída. La colisión, fuera cual fuese, esperaría hasta el día siguiente.

El vértigo de Manhattan

El sol de la mañana de la costa este ya se filtraba por el gran ventanal cuando Camélia salió de un sueño profundo. Por primera vez en años, ningún pitido estridente de monitor la arrancaba de la cama. En París había dejado atrás los pasillos pálidos de urgencias, las noches interminables y esa rutina que la había vaciado, gota a gota. Se estiró largamente entre las sábanas, saboreando el silencio acolchado de aquella habitación suspendida sobre el vacío.

Apartó el edredón y caminó descalza sobre el suelo de madera hasta la ventana. La bahía de Nueva York se extendía ante ella. Abajo, la ciudad despertaba en un rumor sordo, un incesante ballet de taxis amarillos. Los rascacielos se recortaban orgullosos contra el cielo, y la Estatua de la Libertad, pequeña y lejana, parecía dedicarle un discreto gesto de bienvenida. Camélia apoyó la palma contra el cristal frío, con una sonrisa tranquila en los labios. Necesitaba ese vértigo, sentirse viva en un lugar donde nadie conocía su nombre. Allí no era más que una página en blanco, y ese pensamiento le proporcionaba una increíble bocanada de aire.
Hacia las diez, cogió su bolso, se puso unos vaqueros y un jersey grueso, y bajó al vestíbulo de mármol. Thomas la esperaba, hundido en un sillón con un vaso de café humeante. Desde que se había instalado en Brooklyn tres años antes, había adoptado por completo el aire desenfadado de los neoyorquinos.

—¿Lista para enfrentarte a la jungla, Cam? —dijo, levantándose para darle un beso—. Espero que tengas buen calzado, porque pienso agotarte.

—¡Más que lista! —respondió ella, riendo—. Y hasta tengo nuestro plan para la mañana.
Rebuscó en su bolsillo y sacó un papel doblado en cuatro.

—¿Y eso qué es? ¿Tu guía turística? —bromeó Thomas.

—Mejor. Son las direcciones que me dio el botones ayer. Lugares que las guías no mencionan. Quiero ver tu Nueva York, Thomas, no el de las postales.

Su día fue un torbellino. Nada más salir del hotel, el frío cortante del otoño neoyorquino le azotó el rostro, pero lo recibió como una bendición. Lejos del ambiente aséptico del hospital, se dejó arrastrar por la energía frenética de las avenidas. Recorrieron Greenwich Village y sus fachadas de ladrillo, bebieron cafés ardientes mientras caminaban, se detuvieron a escuchar a un saxofonista tocando jazz en una esquina de Washington Square.

A primera hora de la tarde, en SoHo, su mirada se detuvo en el escaparate de una pequeña tienda de diseñadores locales, una de las direcciones anotadas por el recepcionista. El interior olía a algodón nuevo y madera de cedro. Mientras revisaba los percheros, sus dedos se detuvieron en un chándal gris jaspeado, de felpa gruesa e increíblemente suave.

—Oh, mira esto —dijo, sacándolo—. El corte es amplio, es exactamente el estilo de mi hermano para los domingos.

Thomas se acercó, evaluando la prenda.

—Es de buena calidad. Cómpraselo, es más original que una miniatura del Empire State Building.

—Tienes razón, y parece comodísimo.

Pagó en caja, doblando con cuidado el pantalón y la sudadera con capucha antes de guardarlos en su bolso, encantada con su compra.

La noche ya envolvía los rascacielos cuando se encontraron en el Financial District. El cielo había adquirido ese tono violeta tan particular de las grandes ciudades, y los neones comenzaban a brillar. Agotados por los kilómetros recorridos, con las piernas pesadas pero el corazón ligero, la idea de un gran restaurante los desanimó a ambos.

—Me muero de hambre —admitió Thomas, masajeándose la nuca.

—Yo también. ¿No podríamos simplemente encontrar algo rápido y sencillo?

—Tengo justo lo que necesitamos. A dos calles hay una pequeña pizzería de barrio, un sitio sin pretensiones, pero la masa es increíble.

El lugar era pequeño, iluminado por guirnaldas algo desgastadas. En el interior, el calor del horno de leña contrastaba con el frío de la calle, y el olor a salsa de tomate, ajo y orégano les llenó enseguida las narices. El ambiente era animado, cubierto por las voces de los cocineros detrás del mostrador.

Sentados frente a frente en unos bancos de skay rojo gastado, con una enorme pizza de pepperoni humeante entre ellos, brindaron con sus vasos de refresco.
—Ha sido un día perfecto, Thomas. Gracias —susurró Camélia, con los ojos brillantes—. Justo el respiro que necesitaba.

—Te lo mereces, Cam —respondió él con una sonrisa cálida—. Pero guarda algo de energía. Hoy solo ha sido el calentamiento.

Tomó una porción, con el queso fundido estirándose generosamente, y se la ofreció con un guiño.

—Mañana por la noche subimos de nivel. Nada de zapatillas ni pizza rápida. He reservado en un restaurante elegante de Midtown. Uno de esos sitios donde los camareros llevan guantes blancos. Prepara tu mejor vestido, vamos a celebrar tu llegada como se merece y a descubrir el Nueva York de la alta sociedad.

Camélia sonrió de oreja a oreja mientras mordía su porción aún caliente. Feliz, relajada, la idea de arreglarse para enfrentarse a la noche neoyorquina al día siguiente la llenaba de ilusión.

El punto de ruptura

El día de descanso. Un concepto que, en el calendario oficial de la franquicia de los New York Monarchs, debería parecer una tregua. Pero para Liam, el silencio aplastante de su enorme apartamento en el Upper West Side aquella mañana era más ensordecedor que los gritos de una pista de hielo abarrotada.

Se había despertado tarde, con el cuerpo infinitamente pesado. El día anterior, la sesión de entrenamiento punitiva impuesta por el entrenador y las horas bajo los focos cegadores de la sala de prensa lo habían dejado completamente vacío. La luz cruda de la mañana avanzada atravesaba su gran ventanal, iluminando el polvo suspendido en el aire, pero no calentaba nada. Se arrastró hasta la cocina, apoyándose con pesadez en la isla de mármol. A los veintiocho años, se suponía que debía estar en la cima, y sin embargo se sentía como una máquina oxidada cuyos engranajes chirriaban dolorosamente.

Fue entonces cuando comenzó el asedio.
Su teléfono, apoyado junto a la cafetera, empezó a vibrar. En la pantalla apareció el nombre de su agente. Liam lo ignoró, con la mirada vacía, observando el aparato temblar sobre la encimera lisa hasta que la llamada pasó al buzón de voz. Apenas cinco segundos después, otra vibración. Un mensaje de su padre.

Dudó, la mano suspendida sobre la pantalla, y terminó por abrirlo, movido por un masoquismo familiar.

Papá:
He visto tus estadísticas de ayer y la entrevista de esta mañana. Tenemos que hablar de tu tiempo en el hielo. Tu agente me ha llamado, la dirección empieza a hacer preguntas sobre tu implicación. La imagen de la franquicia se está resintiendo. Llámame.

Liam cerró los ojos, una ola de náusea le revolvió el estómago. Las mismas palabras, una y otra vez. Estadísticas, cifras, estrategias de carrera. Incluso su madre solo se preocupaba ya por su "imagen de marca". Ni un solo ¿Cómo estás?, ni un solo Descansa. Para sus padres, hacía tiempo que había dejado de ser un hijo; era un producto, un rostro en un cartel, una

inversión de alto rendimiento que empezaba, incómodamente, a mostrar signos de debilidad. Nadie, en ese mundo de tiburones, le preguntaba cómo se encontraba.
El titular de la revista deportiva que había visto el día anterior tras la reja del quiosco cerrado volvió a perseguirlo, grabándose a fuego en su mente: «O'Connor: ¿El fin de un reinado?». Empujó con violencia su taza, que se deslizó hasta el fondo del fregadero. Se ahogaba. Le faltaba el aire en su propio apartamento.

El comienzo de la tarde se convirtió en una lenta agonía. Para huir de sus pensamientos, Liam bajó al gimnasio privado reservado a los residentes de su edificio de lujo. Corrió en la cinta hasta quedarse sin aliento, con el aire acondicionado secándole la garganta. Levantó pesas hasta que sus músculos, ya doloridos por los golpes contra la barandilla del día anterior, temblaron de puro dolor. Esperaba que el agotamiento físico silenciara esa pequeña voz en su cabeza, esa sensación de caída libre que lo invadía cada vez que se quitaba los patines.

Pero fue en vano. Las grandes pantallas suspendidas del techo del gimnasio emitían continuamente canales deportivos. En una de ellas, un rótulo anunciaba los debates del mediodía: «Monarchs en crisis: ¿debe O'Connor ceder el brazalete?».

Detuvo la cinta de golpe, con el torso empapado en sudor y la respiración entrecortada. La deshumanización era total. Ni siquiera tenía derecho a atravesar una mala racha sin que se convirtiera en un debate público, diseccionado y lanzado a los tabloides.

Volvió a encerrarse en su apartamento. Durante horas, caminó de un lado a otro, como un animal enjaulado. Si salía en pleno día, sería abordado, fotografiado, analizado por cualquier transeúnte con un smartphone. Tenía que esperar. Esperar a que la ciudad se oscureciera para volver a ser una sombra. La olla a presión, que silbaba peligrosamente desde el día anterior, había alcanzado el punto de no retorno. La línea de fractura sobre la que avanzaba en equilibrio precario empezaba a ceder bajo su peso.

Cuando el cielo sobre los rascacielos de Manhattan adquirió ese tono violeta tan característico que anuncia la noche, Liam ya no podía quedarse quieto. La necesidad de escapar de esa presión en el pecho se volvió incontrolable. Se puso unos vaqueros oscuros, un jersey de cuello alto negro y un largo abrigo de lana. Sin gorra esta vez, sin intento de esconderse. Le daba igual. El instinto de supervivencia había sido reemplazado por una necesidad visceral de autodestrucción.

Salió de su edificio y caminó a grandes zancadas, huyendo de su barrio residencial. Terminó en Midtown. Empujó la puerta de un bar tenue, mucho más elegante que el *Rusty Anchor* donde había buscado refugio dos noches antes. Era uno de esos lugares discretos donde banqueros y abogados ahogan su estrés tras el cierre de Wall Street.

—Una copa de su mejor vino tinto —ordenó, dejándose caer pesadamente en la barra, con la voz áspera.

El barman, vestido con chaleco negro, obedeció. Liam agarró la copa y la vació casi de un trago, con la urgencia de un hombre que se ahoga. El alcohol cálido descendió por su garganta, liberando durante un instante la presión insoportable que le oprimía el pecho. Pidió otra. Y otra más.

A su alrededor, el murmullo elegante de las conversaciones se convirtió en un ruido de fondo reconfortante. Algunas miradas se posaron en él, reconociendo probablemente el perfil del célebre defensa y capitán de los Monarchs, pero él les devolvió una mirada tan oscura, tan cargada de rabia contenida, que nadie se atrevió a acercarse.

Tras dos horas a ese ritmo destructivo, el mundo comenzó a balancearse suavemente a su alrededor. La presión de su padre, las exigencias del entrenador, los flashes de la prensa… todo se había evaporado, hundido en el fondo de su copa. La mezcla tóxica de adrenalina y desesperación que le quemaba las venas se adormecía por fin. Se sentía pesado, infinitamente pesado, pero libre.

—Apúntelo a la cuenta —murmuró, con la voz pastosa, dejando varios billetes de cien dólares sobre la barra pulida.

Se levantó tambaleándose. Su mirada se posó en su última copa de vino tinto, casi llena. La tomó por el tallo, negándose a dejar atrás ese último salvavidas. El barman abrió la boca para protestar por que saliera con la copa de cristal, pero la imponente presencia de Liam y su aura amenazante lo disuadieron.

Liam empujó la pesada puerta y casi se derrumbó sobre la acera. El aire cortante de la noche neoyorquina lo golpeó de lleno. Los neones brillantes de los teatros cercanos le quemaron las pupilas. Dio unos pasos inseguros entre la multitud, su copa de vino balanceándose peligrosamente en la mano, la mirada perdida en el vacío.

El capitán ya no existía. Solo quedaba un náufrago a la deriva, una sombra tambaleante que intentaba no hundirse del todo bajo el peso de su propia soledad. Se dejó arrastrar por el flujo anónimo de los transeúntes de Manhattan, buscando desesperadamente un punto fijo en ese torbellino de luces que acababa por quemarle la retina.

El resplandor

La luz clara de una tarde de otoño neoyorquina inundaba su habitación de hotel, dibujando sombras geométricas sobre el suelo de madera pulida, pero Camélia tenía la mente en otra parte. Las palabras de Thomas, pronunciadas la noche anterior en la alegre efervescencia de la pequeña pizzería, seguían resonando en su cabeza: «Mañana por la noche subimos de nivel. Olvida las zapatillas y la pizza rápida. He reservado en un sitio elegante de Midtown. Uno de esos restaurantes donde los camareros llevan guantes blancos».

Sentada al borde de la gran cama king size, contemplaba su maleta abierta, en precario equilibrio sobre las sábanas impecables. El veredicto era claro. En París, su vida como enfermera de urgencias no le dejaba ni tiempo, ni energía, ni ganas de pensar en su vestuario. El resultado estaba allí, extendido ante sus ojos con una sinceridad brutal: vaqueros desgastados, jerséis gruesos y cómodos para soportar las guardias nocturnas, zapatillas gastadas por los kilómetros recorridos en los pasillos, y un único vestido negro, demasiado discreto y anodino para el Nueva York glamuroso que Thomas le había descrito. Aquella maleta era el equipaje de una superviviente, de alguien que se protegía del mundo, no el de una mujer lista para conquistarlo. Necesitaba una armadura de otro tipo, un atuendo a la altura de ese nuevo comienzo.

Decidió entonces dedicar la tarde a una búsqueda singular: encontrar la prenda perfecta.

Abandonó la calma del hotel y se dejó absorber de inmediato por el flujo incesante de Manhattan.

Lejos de la atmósfera aséptica del hospital y de sus luces blanquecinas, se embriagó de todo: del lujo ostentoso de los escaparates de la Quinta Avenida, del zumbido constante de las aceras, del canto lejano de las sirenas, y de ese anonimato absoluto que le regalaba una bocanada de aire fresco. Nadie la miraba con la desesperación de quienes suplican que salven a un ser querido. Era solo una silueta libre entre millones.

Fue al alejarse de las grandes avenidas, al empujar la pesada puerta de cristal de una elegante boutique de diseñadores independientes en pleno Midtown, cuando lo sintió: un

flechazo inmediato. El lugar olía a cuero nuevo y a lirio. Sobre un maniquí minimalista, bañado por una luz suave que realzaba cada reflejo del tejido, se alzaba el vestido.

Un azul noche profundo, inasible, confeccionado en una seda salvaje de caída perfecta. El corte era audaz, con una abertura elegante en el lado izquierdo que liberaba el movimiento de la pierna, y un escote en la espalda vertiginoso que desafiaba toda la sobriedad de su pequeño vestido negro parisino.

En el probador, amplio y tenue, al deslizarlo sobre sus hombros, el tejido frío y sedoso se fundió con su piel como una segunda naturaleza. Frente al gran espejo triple, Camélia permaneció largo rato en silencio, con los labios entreabiertos. La mujer agotada, marcada por seis años dedicados a curar las heridas de otros olvidándose de sí misma, había desaparecido. En su lugar había una mujer fuerte, vibrante, de una elegancia luminosa, lista para devorar la vida.

Lo compró sin dudar, con una chispa de entusiasmo casi febril, añadiendo unos tacones altos vertiginosos y un pequeño bolso a juego.

De regreso al hotel, mientras la ciudad se encendía poco a poco bajo ella y el cielo adquiría ese tono violeta eléctrico tan característico de las grandes metrópolis, decidió tomarse su tiempo. Un lujo inmenso, casi conmovedor para alguien que había vivido al ritmo frenético de las alarmas médicas y la urgencia constante. En el amplio baño de mármol gris, dejó correr el agua de la gran ducha. El vapor llenó el espacio, empañando el espejo y creando un refugio íntimo y reconfortante.

Se desvistió lentamente, dejando la ropa sobre un taburete, y se deslizó bajo el chorro caliente.

No era una de esas duchas rápidas, cronometradas, que tomaba en París al amanecer para borrar el olor persistente del hospital antes de caer rendida. No. Aquella noche, el agua ardiente recorría su piel para purificarla de un cansancio mucho más profundo. Cerró los ojos, inclinando la cabeza hacia atrás, dejando que el agua aflojara uno a uno los músculos tensos de su cuello, sus hombros, su espalda.

El gel de ducha, con notas de cítricos, flor de azahar y sándalo, formó una espuma suave que masajeó con calma, borrando definitivamente el recuerdo del hospital. Bajo aquel torrente reparador, sintió que cambiaba de piel. El agua arrastraba consigo los fantasmas,

los rostros marcados por el dolor, el peso de las responsabilidades. Se liberaba de la enfermedad, del insomnio, de la tristeza. Por primera vez en años, no pertenecía a nadie más que a sí misma.
Cuando cerró el agua, su piel estaba sonrojada, relajada. Se envolvió en una toalla suave y limpió el vaho del espejo con un gesto lento. Ya no evitaba su reflejo.

Sentada ante el tocador, secó cuidadosamente su cabello rubio. Aquella noche, lo recogió en un moño suelto y elegante, dejando escapar algunos mechones que enmarcaban su rostro. Intensificó su mirada con máscara de pestañas negra, difuminó las ojeras con un toque de polvo, y finalmente, se atrevió con un rojo carmín intenso en los labios.

En el silencio de la habitación, se puso el vestido azul. La seda sobre su piel le provocó un escalofrío dulce. Se calzó los tacones, ajustando la fina tira al tobillo. Se sentía más erguida, más segura.

Al acercarse al ventanal para observar su reflejo con las luces de Nueva York brillando detrás, se quedó sin aliento. La mujer agotada de París había desaparecido. En su lugar había alguien radiante, vibrante, de una elegancia incandescente.

Lista de pies a cabeza, tomó su abrigo claro, guardó la tarjeta de la habitación en su bolso y caminó hacia la puerta con paso ligero. Estaba lista para conquistar la noche neoyorquina, libre, despreocupada, saboreando de antemano el vértigo de lo desconocido.
El mundo le pertenecía.

El impacto

Camélia empujó las pesadas puertas giratorias de su hotel, y la ciudad la recibió con una bocanada de aire frío y energía pura. El mundo le pertenecía, y nada parecía capaz de romper ese instante de gracia absoluta. Con su largo abrigo claro, el vestido de seda azul rozándole los tobillos a cada paso, avanzó por la Séptima Avenida con la seguridad de una mujer nueva. Los neones multicolores se reflejaban en el asfalto húmedo, y el rumor de la ciudad le parecía una sinfonía interpretada solo para ella.

Caminó unos metros, empapándose de la efervescencia de la calle. Su teléfono vibró en el bolso: un mensaje de Thomas confirmándole que la mesa los esperaba. Sonrió y aceleró ligeramente el paso, esquivando con elegancia a los grupos de gente frente a los teatros.

Ignoraba que, en ese preciso instante, en ese mismo tramo de acera, el capitán estrella de los New York Monarchs ya no era más que un recuerdo lejano en un cuerpo agotado. Liam no era más que un náufrago a la deriva, una silueta tambaleante que buscaba desesperadamente un punto fijo en aquel torbellino de luces agresivas que le quemaban la retina. En su mano derecha, su gran copa de cristal medio llena de vino tinto se balanceaba al ritmo de su paso errático, último vestigio de su intento fallido de ahogar la presión.

En la esquina de la calle 50, Camélia giró la cabeza una fracción de segundo para admirar el escaparate resplandeciente de unos grandes almacenes. En ese mismo instante, Liam, al tropezar con una rejilla de ventilación, dio un brusco paso hacia la izquierda para evitar a un grupo de turistas.

El choque fue de una violencia brutal.

Camélia se estrelló contra un auténtico muro de músculos. Soltó un pequeño grito, con el aliento cortado, mientras sus tacones resbalaban peligrosamente sobre el asfalto. Bajo el impacto, el brazo de Liam se dobló contra su cuerpo. La pesada copa de cristal quedó atrapada entre ambos pechos.

Un crujido siniestro resonó.

El cristal estalló en decenas de fragmentos afilados.
El vino tinto brotó como una arteria abierta, empapando al instante el jersey negro de cuello alto y el abrigo oscuro de Liam. Una salpicadura púrpura alcanzó el abrigo claro de Camélia, manchándolo como si fuera sangre, antes de filtrarse hasta la seda azul de su vestido.

El ruido de Manhattan pareció apagarse de golpe.
Camélia retrocedió tambaleándose, llevándose las manos a la boca. Su instante perfecto se hacía añicos sobre la acera. El olor acre del alcohol le golpeó el rostro. Su primera reacción, instintiva, fue una mezcla de pánico e indignación. Su atuendo perfecto, su armadura de renacimiento, acababa de ser arruinado por un borracho.

Levantó la cabeza, con la mandíbula tensa, preparada para enfrentarse a la agresividad de un desconocido. Pero las palabras murieron en su garganta.

El hombre frente a ella se tambaleó. No había furia en sus ojos. Estaban enrojecidos, profundamente marcados por el cansancio, y sus hombros se hundían bajo un peso invisible. No miró la mancha en su pecho. Miraba al vacío, con la resignación de alguien que acaba de perder su última batalla.

Entonces, un detalle heló la sangre de Camélia.

Un líquido más oscuro y espeso que el vino caía de la mano derecha del desconocido, golpeando el suelo. En el impacto, los fragmentos de cristal le habían abierto profundamente la palma, y una herida cruzaba también la parte alta de su clavícula, donde el jersey estaba rasgado.

Y en ese instante, la mujer despreocupada desapareció.

Ante la sangre, la caída, el dolor bruto, el instinto de enfermera tomó el control.

—Está sangrando —murmuró él finalmente, con voz ronca, mirando la mancha roja en el abrigo de Camélia

—Es su sangre. No, su vino —corrigió ella, con una voz firme, precisa—. No se mueva.

Abrió su bolso con rapidez, ignorando su ropa arruinada. Sacó el teléfono y escribió a Thomas:

Urgencia. Accidente en la calle. Estoy bien, pero tengo que ayudar a alguien. Guarda la mesa, voy si puedo.
Guardó el móvil y se acercó al coloso tambaleante. Liam intentó retroceder.

—Déjelo… tengo que irme… —balbuceó.

—No va a ninguna parte en este estado. Está perdiendo sangre y apenas se sostiene —cortó ella.
Deslizó un brazo firme bajo el suyo. La diferencia de tamaño era evidente, pero la fuerza de Camélia, forjada durante años levantando pacientes, no dejaba lugar a dudas.

—Mi hotel está a cincuenta metros —dijo con suavidad, pero sin opción a réplica—. Apóyese en mí.

Liam no tuvo fuerzas para resistirse. El capitán que nunca aceptaba ayuda se dejó guiar como un niño perdido por aquella mujer de vestido manchado.

Regresaron lentamente. Al cruzar las puertas del hotel, el recepcionista se quedó paralizado al ver la escena. Iba a llamar a seguridad, pero Camélia lo detuvo con una mirada firme, autoritaria.

—Llámeme el ascensor. Ahora.

El hombre obedeció sin dudar.

Las puertas se cerraron tras ellos. En el silencio de la cabina, Liam se dejó caer contra la pared, con la respiración irregular. Camélia miraba los números subir, su mente ya en acción.

Tenía que limpiar la herida. Estabilizarlo. Cambiarlo.
Entonces pensó en algo.
El chándal gris que había comprado el día anterior en SoHo para su hermano.

Si había un momento para usarlo, era este.

El refugio

El discreto tintineo del ascensor marcó su llegada al piso. Las puertas de acero inoxidable se abrieron al pasillo alfombrado, sofocando inmediatamente los últimos ecos de la furia neoyorquina. Sosteniendo aún la masa tambaleante del desconocido, Camelia avanzó con dificultad sobre la gruesa moqueta del corredor. A cada paso, el hombre se apoyaba más pesadamente en ella, su aliento cálido y cargado de alcohol aplastándose contra su hombro.

Sacó la tarjeta magnética de su funda con una mano temblorosa e la insertó en la ranura. El pequeño clic verde le pareció el sonido más reconfortante de la noche. Empujó la puerta y, con un movimiento firme de cadera, hizo que el hombre cayera dentro de la habitación.

La estancia, con su hermoso parquet liso y su vertiginosa vista de la bahía de Nueva York, contrastaba violentamente con la escena caótica que se desarrollaba en ella. Camelia no le dio tiempo a admirar la vista.

— Por aquí —ordenó, dirigiéndolo directamente hacia el amplio baño de mármol gris.

Lo obligó a sentarse en el pesado taburete de teca que se encontraba en la cabina de la gran ducha italiana. Liam se dejó caer como un saco, con la cabeza inclinada y los codos apoyados en las rodillas. El pesado abrigo oscuro y el suéter de cuello alto negro que llevaba estaban empapados, saturados de vino tinto y de su propia sangre.

Camelia retrocedió un paso para evaluar la situación, su cerebro de enfermera funcionando a toda máquina. Su propio abrigo claro estaba arruinado por una amplia mancha púrpura. Lo retiró con un

gesto seco y lo lanzó al suelo de azulejos. Debajo, su sublime vestido de seda azul también estaba manchado. Sin la menor vacilación, deslizó la cremallera, se quitó su atuendo de noche para ponerlo a salvo, y tomó una de las gruesas batas blancas del hotel, atándola firmemente a su cintura. La femme fatale de la Séptima Avenida había desaparecido; la enfermera había tomado su lugar.

Se acercó a él.

— Vamos a tener que quitarte esto —dijo, señalando el abrigo y el suéter. El vidrio atravesó la tela.

El hombre no protestó. Estaba totalmente entumecido por aquella mezcla de vino y desesperación. Con una suavidad infinita pero una firmeza implacable, Camelia lo ayudó a liberarse de su pesado abrigo empapado. Quitar el cuello alto fue más delicado. La tela se pegaba a las heridas de su clavícula.

— Respira hondo —advirtió. Él apretó los dientes. Cuando ella tiró del suéter por encima de su cabeza, un gruñido sordo escapó de su garganta. El torso desnudo del desconocido apareció bajo la luz cruda de los focos. Estaba cubierto de una mezcla pegajosa de vino tinto, sudor frío y hilos de sangre. Camelia se estremeció un instante al notar la musculatura impresionante y las numerosas cicatrices antiguas que marcaban su piel, testigos de innumerables golpes sobre el hielo. Pero volvió a concentrarse inmediatamente en la urgencia. No podía tratar esas heridas sobre una piel en ese estado.

Se inclinó y abrió el grifo de la ducha, ajustando el agua a una temperatura tibia.

— Cierra los ojos —ordenó suavemente.
Descolgó el cabezal de la ducha e hizo correr el agua clara sobre los amplios hombros del desconocido. Liam se estremeció al contacto del agua, y luego sus músculos se relajaron imperceptiblemente. Con una pequeña toalla de invitado empapada en jabón suave, Camelia comenzó a lavarlo. Sus movimientos eran de una eficacia

clínica, rápidos pero profundamente respetuosos. Limpió su torso, borrando los amplios chorros púrpura que manchaban su piel, enjuagó su cuello y su brazo sano. El agua enrojecida se escurría en remolinos hacia el desagüe.

Liam mantenía los ojos entrecerrados, la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás, mecido por el sonido del agua. A través de la niebla del alcohol, la observaba con fascinación muda. Aquella mujer a la que acababa de chocar y ensuciar cuidaba de él. Lo lavaba de la suciedad de aquella noche, pero también, de cierta manera, del peso asfixiante de su día. Normalmente, la gente solo se le acercaba para exigir algo: un autógrafo, una sonrisa falsa, estadísticas. Aquí no había expectativas.

Una vez que la piel estuvo libre de aquel barniz pegajoso, Camelia cortó el agua y secó suavemente su torso con una toalla para no despertar el dolor. Luego abrió su neceser, sacó unas pinzas, gasas y un frasco de desinfectante. Con la precisión de un relojero, retiró uno a uno los fragmentos de cristal incrustados en el corte de su clavícula, y luego se ocupó de su palma derecha, profundamente cortada.

— ¿Suele hacer esto? —murmuró finalmente, con voz ronca, rompiendo el silencio de la habitación.

— ¿Recoger desconocidos borrachos de la acera y ducharlos? No, es la primera vez. Pero soy enfermera de urgencias. La sangre, las heridas y la gente desmayándose son mi día a día. Me llamo Camelia, por cierto.

— Liam.

Contuvo la respiración, esperando que ella reaccionara a su nombre.

— Bueno, Liam, has tenido mucha suerte. Las cortadas están limpias. Te pondré apósitos compresivos.

Un escalofrío recorrió la espalda del coloso. Ella no sabía quién era él. Para ella, no era la cara de la franquicia ni el hombre en la portada de las revistas deportivas. Solo era un paciente. Una página en blanco. Ese vértigo del anonimato, el mismo vértigo que Camelia había venido a buscar a Nueva York, se abatió sobre él como una bendición inesperada. El peso asfixiante del brazalete de capitán desapareció instantáneamente.

Una vez que los apósitos estuvieron firmemente colocados, Camelia se levantó.

— Espera aquí —le dijo saliendo del baño.

Revisó su maleta abierta sobre la cama. Sus dedos atraparon la prenda que había comprado la víspera en una pequeña tienda de SoHo. Volvió hacia él y le tendió el montón de ropa doblada.

— Es un chándal gris grande de felpa. Lo compré para mi hermano, pero viendo que tu ropa está para tirar, creo que lo necesitas más que él esta noche. Póntelo.

Liam tomó la tela. La felpa era increíblemente suave, a años luz de su traje a medida que le servía de camisa de fuerza. Sus dedos temblaban un poco al ponerse el pantalón ancho. Camelia lo ayudó suavemente a pasar primero el brazo sano y luego el brazo herido dentro de la sudadera con capucha. Se sintió inmediatamente envuelto, protegido.

Cuando finalmente salió del baño, parecía vulnerable, casi infantil en aquella prenda demasiado grande para él, a pesar de su imponente constitución. Camelia había encendido una pequeña lámpara de mesa que difundía una luz dorada. Le indicó el pequeño sofá de terciopelo situado frente a la ventana.

Liam avanzó lentamente y se dejó caer sobre los cojines mullidos. La ciudad se extendía tras el vidrio, vibrante y ruidosa, pero aquí, en el silencio de aquella habitación, no había expectativas asfixiantes.

Bebió el agua que ella le ofreció, cerrando los ojos. La calidez de la felpa, el dolor sordo en su mano, la piel limpia y la simple presencia amable de aquella desconocida hicieron desaparecer sus últimas defensas.

Por primera vez en meses, la sensación de caída libre se detuvo de golpe. En menos de dos minutos, la respiración del hombre se volvió profunda y regular. Se había dormido, vencido por el agotamiento. Camelia permaneció un largo momento observándolo en silencio. Echó un vistazo a la hora en su teléfono. Era demasiado tarde para su cena. Su noche neoyorquina no se parecía en nada a lo que había imaginado, pero al mirar el rostro finalmente apaciguado de aquel desconocido limpio y dormido en su casa, se dijo que no habría querido estar en ningún otro lugar.

El amanecer

El sol de la mañana de la costa Este se deslizaba ya por el gran ventanal de la habitación cuando Liam abrió lentamente los ojos. Su primer reflejo fue hacer una mueca. Tenía la boca pastosa y la cabeza atrapada en un yugo invisible, restos punzantes del vino tinto y los whiskies dobles que había ingerido la noche anterior.

Sin embargo, algo no encajaba. No se encontraba en su enorme apartamento del Upper West Side, aplastado por el silencio de su propia soledad. Estaba recostado en un pequeño sofá de terciopelo, envuelto en una calidez reconfortante. Bajó la mirada hacia sí mismo. Llevaba un gran chándal gris jaspeado. La felpa gruesa era increíblemente suave, a años luz del traje a medida de dos mil dólares que normalmente le servía de camisa de fuerza.
Los recuerdos de la noche le volvieron en oleadas sucesivas, primero difusos, luego con una brutal nitidez: su deambular por la Séptima Avenida, el choque inesperado, el vaso de cristal estallando contra su torso y aquella mujer. Giró la cabeza.

Camelia estaba allí. Sentada con las piernas cruzadas sobre la gran cama de sábanas inmaculadas, llevaba unos simples jeans y un suéter grueso. Su cabello castaño enmarcaba su rostro de manera menos sofisticada que la noche anterior, y sostenía un vaso de café humeante entre las manos. Observaba en silencio la bahía de Nueva York, perdida en la inmensidad de la ciudad que despertaba.

— Buenos días —murmuró, con la voz todavía ronca.

Ella se sobresaltó ligeramente, luego giró hacia él un rostro sereno, iluminado por una ligera sonrisa.

— Buenos días. ¿Cómo se siente nuestro milagro de la acera?

— Como un hombre atropellado por un camión —admitió, intentando incorporarse.

Un dolor sordo irradió en su palma derecha y en la clavícula. Notó los apósitos compresivos, perfectamente colocados, relucientes sobre su piel limpia. Las imágenes de la ducha italiana, el agua tibia lavando el vino y la sangre, y las manos suaves pero clínicas de la enfermera se le impusieron de inmediato.

Camelia posó su café sobre la mesita de noche y se acercó a él con aquella marcha de eficiencia temible, forjada tras años de atender urgencias.

— Déjame mirar eso —ordenó con suavidad.

Inspeccionó los bordes de los apósitos, rozando su piel con la punta de sus fríos dedos. Liam contuvo la respiración. La miraba intensamente, esperando que el veredicto cayera. Esperaba que abriera los ojos de par en par, que mencionara a los New York Monarchs, que le preguntara por qué el capitán de la franquicia, cuya cara cubría los quioscos de periódicos, se había desplomado borracho en la calle. Esperaba la pregunta que arruinaría esta burbuja de oxígeno.

— No hay enrojecimiento sospechoso, ni calor —constató Camelia con satisfacción—. Está limpio. Aun así, deberás cambiar los apósitos esta noche, Liam.

Liam. Solo Liam. Un vértigo inesperado lo invadió. El milagro resistía. Para ella, él seguía siendo solo una página en blanco, un desconocido vulnerable y anónimo, y esta realización barría por un segundo la presión que normalmente le aplastaba el pecho.

— Te debo disculpas —terminó diciendo, bajando la vista—. Arruiné tu noche, tu cena elegante… y tu abrigo claro. Sin mencionar el

vestido.
— He visto cosas peores en urgencias —relativizó ella encogiéndose de hombros—. Y para ser honesta, creo que mi noche no podría haber sido más neoyorquina: imprevistos, un poco de drama y una vista increíble.

El silencio se instaló entre ellos, cargado de una extraña intimidad. Pero la ciudad, como una bestia hambrienta, se negó a dejarlos tranquilos por más tiempo.

Un zumbido agresivo se elevó desde el baño. El ruido provenía del bolsillo del abrigo oscuro y pegajoso de Liam, tirado en el suelo la noche anterior. El zumbido cesó, luego volvió instantáneamente, frenético. La realidad lo alcanzaba, implacable.

Liam se levantó con dificultad y caminó hacia el baño. Metió la mano en la lana manchada de vino y sacó su teléfono. La pantalla mostraba treinta y ocho llamadas perdidas: su agente, el entrenador, el responsable de comunicación. El entrenamiento iba a comenzar. El vestuario, el hielo, las reprimendas y los medios lo esperaban. El paréntesis encantado se había cerrado violentamente.

Cuando regresó a la habitación principal, Camelia lo comprendió.

— Debes irte —adivinó, con los brazos cruzados sobre su suéter.

— Lo siento, yo… tengo obligaciones. Y no tengo otra cosa que ponerme que esto —añadió, señalando el chándal gris jaspeado de su hermano—. Te lo tomo prestado, pero prometo devolvértelo. Y pagarte el abrigo.

Tomó un bolígrafo sobre el pequeño escritorio del hotel y garabateó rápidamente en el bloc de notas con membrete del establecimiento. Rasgó la hoja y se la entregó.

— Este es mi número —dijo, mirándola directamente a los ojos—. Llámame por el abrigo. O por el chándal. Por favor. No lo tires.

Camelia tomó el papel, su mirada avellana atrapando la suya. Por primera vez en meses, la sensación de caída libre de Liam se había detenido verdaderamente.

— No lo tiraré —prometió con una leve sonrisa—. Vete antes de que tu jefe se preocupe.

Liam asintió, con el corazón extrañamente apretado. Empujó la puerta de la habitación y se adentró en el pasillo, volviendo a enfrentarse a la arena de Manhattan, armado por primera vez no con su armadura de capitán, sino con el chándal de felpa de un desconocido.

La armadura de felpa

La pesada puerta de servicio de la entrada de jugadores del Madison Square Garden chirrió ruidosamente al abrirse, dejando que se colara una ráfaga de aire helado. En el largo pasillo de hormigón, el habitual estruendo se apagó. El silencio se volvió instantáneamente casi palpable.

Normalmente, el capitán de los New York Monarchs siempre llegaba impecable. Era la imagen de la franquicia, constantemente encerrado en una armadura de gala: un traje oscuro a medida que valía una pequeña fortuna, rostro serio y mirada concentrada. Pero esa mañana, Liam O'Connor hizo su entrada vestido con un enorme chándal gris jaspeado de felpa, con la capucha medio puesta sobre la cabeza para ocultar sus rasgos agotados y la fatiga de la noche anterior.
Mark, el responsable de comunicación, lo esperaba firme como siempre, su eterna tableta pegada al pecho. Al ver aparecer a su estrella con ese atuendo tan insólito, se estremeció y casi dejó caer el dispositivo.

— Liam… —susurró, con los ojos abiertos de par en par, examinando horrorizado la prenda demasiado grande que flotaba alrededor de la imponente complexión del jugador—. ¿Qué es ese disfraz? ¿Has dormido en un banco en la calle? ¡La prensa está en el edificio de enfrente, caray, tenemos una imagen que mantener! ¡No puedes presentarte así!

Por primera vez en meses, las reprimendas histéricas de Mark resbalaron sobre Liam sin afectarle en lo más mínimo. Envuelto en la calidez y suavidad de la tela, se sentía protegido, a años luz del yugo opresivo que representaba su estatus público. Ese chándal no era

una simple prenda. Era una barrera física, un valioso fragmento de anonimato robado, la prolongación del refugio de paz que había encontrado, por unas horas, en la habitación de hotel de Camelia.

Ignoró por completo a Mark y empujó la doble puerta del vestuario. El olor familiar le golpeó de inmediato: una mezcla de cuero mojado, bálsamo de tigre y egos hechos pedazos. Dentro, la tensión se podía cortar con un cuchillo. Miller, su ala derecha, estaba sentado en el banco y ataba sus patines con una rabia concentrada, tirando de los cordones hasta cortarse los dedos. Al ver a su capitán cruzar el umbral con ese aspecto de estudiante perdido, Miller se detuvo en seco.

— ¿O'Connor? —soltó, totalmente incrédulo.

El entrenador, inclinado sobre su pizarra blanca preparando estrategias, se giró de golpe, la mandíbula apretada. Abrió la boca, llenando los pulmones para lanzar una de sus habituales reprimendas. Pero la actitud de Liam lo detuvo. No había arrogancia en sus ojos, solo una calma extraña, casi insondable, que hizo dudar de repente al entrenador.
— Tuve un contratiempo —declaró simplemente Liam con voz neutra, cortando cualquier comentario.

Se desplomó frente a su casillero, justo debajo del número 22 bordado en su camiseta, y comenzó a desnudarse.

— Estoy listo —añadió.

Sobre el hielo, el entrenamiento fue una verdadera masacre, aún más brutal de lo habitual. Los choques contra las barandillas resonaban como disparos. Cada vez que Liam apretaba el mango de su stick, un dolor sordo y pulsante irradiaba por su palma derecha. Bajo su grueso guante de hockey, los apósitos compresivos protegían el corte causado por los fragmentos de cristal.

Pero curiosamente, ese dolor no era como los demás. No tenía nada que ver con la fatiga crónica que le carcomía los huesos. Era limpio, cuidado. Cada punzada lo regresaba irremediablemente a la mujer del vestido de seda azul, a la luz del baño y a la suavidad de sus manos sobre su piel. Esa herida lo mantenía anclado a la realidad; le demostraba que aquella mujer no era un espejismo.

Dos horas más tarde, la sesión terminó. Con los músculos temblando y los pulmones en llamas, Liam salió de las duchas. Al tomar su teléfono del casillero, la pantalla se iluminó, inundada de notificaciones: mensajes de su padre exigiendo hablar sobre sus estadísticas, y alertas de su agente preocupado por sus contratos. Con un deslizamiento de dedo, barrió todo con una nueva indiferencia.

Al final de la pantalla, una sola notificación captó su atención: un SMS de un número desconocido. Hizo clic en él, el corazón latiendo más rápido y con fuerza que después de un sprint sobre el hielo.

Espero que hayas llegado bien. Mi tintorería necesita un milagro para mi abrigo, y mi hermano reclama su regalo de cumpleaños. Quiero ver cómo piensas redimirte.
Camelia.

Liam leyó el mensaje tres veces. Analizó cada palabra, conteniendo la respiración. El tono era vivo, punzante, seguro, increíblemente real. Tan solo esperaba que ella hubiera acabado averiguando su nombre en Internet. Pero no. El milagro seguía intacto. Ella no tenía idea de quién era él. No hablaba de hockey, estadísticas ni imagen de marca. Simplemente se dirigía al hombre que había chocado en la calle, reclamándole cuentas por un abrigo manchado y un chándal de felpa. Para ella, seguía siendo solo Liam.

Sentado en el banco de ese vestuario que olía a derrota, en medio de sus compañeros exhaustos que gruñían de dolor, Liam bloqueó lentamente la pantalla del teléfono. Bajó la cabeza, los hombros

sacudidos por un pequeño temblor de alivio. Lentamente, una verdadera sonrisa se dibujó en sus labios. La primera en muchísimo, muchísimo tiempo. Una sonrisa sincera, que finalmente alcanzó sus ojos cansados.
Desbloqueó el dispositivo y escribió rápidamente una respuesta. Tenía que encontrar un lugar para verla esa noche. Un lugar modesto, lejos de los barrios de lujo, donde los paparazzi nunca pusieran un pie, para prolongar un poco la magia de ese anonimato.

Un milagro para el abrigo, no garantizo nada. Pero para redimirme, conozco un lugar tranquilo. No hay camareros con guantes blancos, pero es perfecto. Paso a recogerte a tu hotel a las 20:00.
Liam.

Envió el mensaje y guardó el teléfono. Por primera vez desde el inicio de la temporada, estaba deseando que el día terminara.

El interrogatorio

La puerta de la habitación se cerró con un clic suave, dejando a Camelia sola en el silencio del cuarto. Entre sus dedos, sostenía el pequeño trozo de papel con el membrete del hotel, en el que Liam acababa de garabatear su número de teléfono.

Lo dejó sobre la mesita de noche y se dirigió al amplio baño de mármol gris. En el suelo, el desastre de su ropa era evidente: su largo abrigo claro estaba arruinado por una gran mancha purpúrea, impregnada de una mezcla pegajosa de vino tinto y sangre seca. La tela gruesa había absorbido toda la violencia del impacto.

Pero al levantar la vista hacia la percha junto a la ducha, una verdadera sonrisa de alivio iluminó su rostro. Su sublime vestido de seda azul, su verdadera armadura de diseñadora comprada para conquistar la noche neoyorquina, estaba intacto. Por un milagro absoluto, el vino no había llegado hasta la seda. El abrigo claro había hecho de escudo, preservando la fluidez perfecta y el brillo profundo del azul noche. La mujer radiante que se había admirado en el espejo la noche anterior podría volver a ponerse este vestido. No lo había perdido todo en la colisión.

Decidida a no dejar morir su abrigo sin luchar, volvió a la habitación, tomó el teléfono fijo del pequeño escritorio y marcó a recepción.

— Servicio de limpieza, buenos días. ¿En qué puedo ayudarle? — respondió una voz educada.

— Buenos días. He tenido un… incidente con mi abrigo. Está muy manchado de vino tinto. ¿Sería posible llevarlo urgentemente a la tintorería?

— Claro, señorita. Envío a alguien de inmediato.
Menos de diez minutos después, unos suaves golpes se oyeron en la puerta. Camelia la entreabrió y entregó su prenda sucia, cuidadosamente guardada en una funda de plástico del hotel, a un empleado del servicio de pisos. Este le aseguró que la llevarían a la mejor tintorería de la ciudad a primera hora para intentar salvarla.

Apenas desapareció el empleado en el largo pasillo alfombrado, el teléfono móvil de Camelia, sobre la gran cama de sábanas inmaculadas, empezó a vibrar frenéticamente. La pantalla brilló mostrando el nombre "Thomas". Contestó, sabiendo perfectamente la tormenta que le esperaba.

— ¿Me puedes explicar tu mensaje de emergencia absoluta de anoche? —rugió la voz de su amigo de la infancia al otro lado del altavoz, mezclando un evidente alivio con una furia no disimulada—. ¡Me dejaste plantado, Camelia! ¡Estuve solo como un idiota en ese restaurante elegante de Midtown, esperándote mientras los camareros con guantes blancos me miraban con lástima! ¡Estuve a punto de llamar a todos los hospitales de Manhattan esta mañana para encontrarte! Estoy abajo, en el hall de tu hotel, ¡pero este recepcionista con su bigote impecable se niega rotundamente a dejarme subir!

Camelia se sentó en el borde del colchón mullido, con una sonrisa apenada pero afectuosa. Thomas siempre había sido protector, y su preocupación era legítima.

— Lo siento muchísimo, Thomas —dijo con voz suave y calmada, intentando desactivar la bomba a distancia—. Estoy perfectamente bien, te lo prometo. Tengo una buena excusa para anoche.

— ¿Una buena excusa? —suspiró él, su enojo dejando paso a una preocupación palpable que hacía vibrar el teléfono—. ¿Qué pasó? Tu mensaje hablaba de un accidente en la calle… ¿Estás segura de que no te pasó nada?

— Caminaba por la Séptima Avenida para encontrarte —comenzó ella, cerrando los ojos un instante para revivir la escena—. Me sentía invencible, el mundo me pertenecía. Y luego, en la esquina de la calle 50, un hombre hizo un movimiento brusco para esquivar a un grupo de turistas. El choque fue brutal. Me topé con un verdadero muro de músculos. El pesado vaso de cristal que sostenía en la mano se estrelló entre nuestros pechos y literalmente se hizo añicos en decenas de fragmentos cortantes.

Un silencio denso, casi sofocante, cayó al otro lado de la línea. El bullicio de la calle detrás de las puertas giratorias del hall parecía haberse congelado.

— ¿Estás herida? —se alarmó Thomas, su voz temblando de repente por el miedo.

— No, no, para nada —lo tranquilizó rápidamente—. Mi abrigo se llevó todo. No es mi sangre la que está en la ropa que acabo de enviar a la tintorería.
Sí, había mucho vino, y un poco de su sangre. Sangraba abundantemente de la palma y la clavícula debido a los fragmentos de cristal que le habían cortado profundamente la piel. Frente a esa angustia cruda, la sangre y su colapso silencioso, mi instinto de enfermera tomó el control en el instante mismo. No iba a dejarlo derrumbarse en el asfalto entre transeúntes indiferentes.

Se tomó su tiempo para describirle la escena en cada detalle. El olor acre del alcohol, aquel hombre enorme con ojos enrojecidos y círculos negros horribles, y la fría resignación de alguien que acababa de perder su última batalla. Le explicó cómo lo había sostenido a través del hall, fulminando con la mirada al mismo recepcionista que lo bloqueaba en ese momento, y cómo lo obligó a sentarse en el pesado taburete de teca de la ducha.

— Lo lavé con agua tibia para quitar el vino pegajoso y la suciedad de la noche, y curé sus heridas con desinfectante y gasas de mi

propio botiquín —continuó, mirando hacia el gran ventanal por el que la luz matinal inundaba la habitación—. Pude desinfectar todo y ponerle apósitos compresivos.

— Déjame adivinar —suspiró Thomas, dejando escapar un gruñido cansado—. Viniste a Nueva York para escapar de los pasillos pálidos y dejar de curar las heridas de otros olvidándote completamente de ti, ¡y convertiste tu suite de hotel en un quirófano la misma noche de tu llegada!

— No era lo mismo, Thomas —replicó suavemente, con convicción inquebrantable—. En París, esa rutina me drenaba, gota a gota. Estaba aplastada por el peso de las urgencias. Pero anoche, nadie me llamó. No había expectativas, ni jerarquías. Lo hice por elección, de mi propia voluntad. Finalmente sentí que servía para algo, de manera totalmente gratuita.

— De acuerdo, Miss Nightingale —capituló Thomas, claramente vencido por la lógica de su amiga—. ¿Y dónde está ese oso herido que rescataste?

— Se fue esta mañana, poco antes de que llamaras para gritarme. Y como su ropa estaba totalmente empapada de vino y sangre, destrozada por el cristal, le presté algo para que pudiera volver a casa sin llamar la atención. El gran chándal gris jaspeado de felpa.

— Espera un segundo… ¿Quieres decir el que compramos ayer en la pequeña tienda de diseñadores de SoHo para tu hermano?
Al otro lado del teléfono, en el hall de la planta baja, Thomas dejó escapar una risa nerviosa, primero discreta, luego estruendosa y totalmente incrédula. La tensión que le había apretado el estómago desde la noche anterior acababa de estallar en pleno vuelo.

— ¿Le pusiste el regalo de cumpleaños de tu hermano a un desconocido enorme? ¡Dios mío, Camelia… eres increíble! ¿Sabes al menos cómo se llama o qué hace en la vida para acabar así un

martes por la noche? ¿Es un trader de Wall Street? ¿Un abogado agotado?

Camelia sonrió, deslizando una mirada tierna hacia el pequeño papel sobre la mesita, rozando la escritura apresurada con la punta del dedo.

— Se llama Liam. Eso es absolutamente todo lo que sé de él, y, para ser honesta, está perfecto así. Es una verdadera página en blanco.

Thomas suspiró con fuerza, definitivamente aliviado de saberla a salvo. El tono de la conversación finalmente se relajó. Le prometió compensar la velada arruinada y le ofreció pasar a buscarla más tarde para ir a un verdadero restaurante neoyorquino. Como su maravilloso vestido de seda había sobrevivido, finalmente podría ponérselo.

Para demostrar una vez más que todo estaba bien y cerrar la historia rocambolesca con un toque divertido, Camelia activó el altavoz. Abrió su correo y copió meticulosamente el número que el desconocido le había dejado en el bloc de notas. Sus ojos color avellana brillaban con picardía mientras escribía rápidamente el mensaje:

Espero que hayas llegado bien. Mi tintorería necesita un milagro para mi abrigo, y mi hermano reclama su regalo de cumpleaños. Quiero ver cómo piensas redimirte.
Camelia.

Lo leyó en voz alta para Thomas, quien aprobó la impertinencia del gesto con una risa franca. Estaba perfecto. Un tono vivo, punzante y seguro. Presionó enviar con una sonrisa traviesa.

Al dejar caer el teléfono sobre la cama, ignoró por completo que ese simple SMS acababa de cruzar la ciudad, y que minutos después aterrizaría en la pantalla de un teléfono enterrado en un bolso

deportivo, en medio del vestuario bajo máxima tensión de los New York Monarchs.

Fuera de tensión

Apenas Camelia dejó su teléfono sobre la cama de sábanas impecables, la pantalla volvió a encenderse, vibrando con una alerta breve. Un mensaje de un número desconocido:

Un milagro para el abrigo, no prometo nada. Pero para compensarlo, conozco un lugar tranquilo. Sin camareros con guantes blancos, pero perfecto. ¿Paso por ti al hotel a las 20 h?
Liam.

Camelia volvió a leer esas líneas, con una sonrisa inevitable en los labios. El milagro del paseo de la noche anterior tenía carácter, y su arrogancia divertida le gustaba. La idea de una cita con ese desconocido, una noche improvisada lejos de todo plan, despertó en ella una emoción que no sentía desde hacía mucho. Con el corazón latiendo más rápido, abrió su chat con Thomas y escribió un mensaje disculpándose, posponiendo su cena elegante en Midtown hasta el día siguiente. La respuesta de su amigo llegó al instante, llena de emojis exasperados pero afectuosos, recomendándole sólo que tuviera cuidado y que al menos disfrutara de su hermoso vestido.

A las 19:45, Camelia se encontraba frente al gran espejo del baño de mármol. Su vestido de la noche anterior había sobrevivido milagrosamente al vino, así que era hora de ponérselo. Lo deslizó delicadamente sobre su cuerpo: un azul noche profundo, casi hipnótico, cortado en una seda de fluidez perfecta. El contacto fresco de la tela en su piel le provocó un ligero escalofrío. El corte audaz, con abertura lateral y escote en la espalda, le daba una nueva presencia. Aplicó el rímel, alargó sus pestañas y eligió ese rojo carmesí que rara vez llevaba en París. La mujer agotada de

urgencias había desaparecido; en su lugar, alguien radiante, lista para vivir la noche.
A las 20:00 en punto, las puertas del ascensor se abrieron al majestuoso hall del hotel, perfumado con lirios. Entre trajes y corbatas y turistas, lo vio de inmediato.

Liam estaba un poco apartado, cerca de un pilar. Para proteger su anonimato, había cambiado el chándal por un jeans y un grueso suéter oscuro de cuello alto, que ocultaba los vendajes de su clavícula. Un gorro negro cubría su cabeza, suavizando sus rasgos cansados. Observaba el hall con una mirada tensa, como un hombre acostumbrado a ser observado.

Pero cuando sus ojos se cruzaron con Camelia acercándose en su vestido azul noche, le faltó el aire. Sus hombros, normalmente pesados, se relajaron de golpe.

— Buenas noches, Liam —susurró ella al llegar a su altura, con una sonrisa segura.

— Buenas noches, Camelia —respondió él, con la voz un poco apagada—. Estás… realmente impresionante. Casi me da vergüenza llevarte a un sitio tan sencillo.

— Mientras no haya camareros con guantes blancos, te sigo a cualquier parte —bromeó ella, retomando sus propias palabras.

Salieron al aire frío y eléctrico de Nueva York. Con un gesto sencillo, Liam detuvo un taxi amarillo y le abrió la puerta.

— Te llevo al West Village —dijo al acomodarse en el asiento trasero mientras el coche se abría paso por el tráfico—. Es muy diferente de Midtown. Sin valet, sin miradas insistentes. Solo buena comida y tranquilidad.
Veinte minutos después, bajaron frente a una fachada discreta de ladrillo rojo, ubicada en el sótano de un viejo edificio. Dentro de la pequeña trattoria, la penumbra era reconfortante. Velas titilaban

sobre mesas de madera encerada, y el aroma a ajo, romero y leña llenaba el aire cálido. Era íntimo, escondido, a años luz de los restaurantes ostentosos. El dueño los saludó con un simple gesto de cabeza y los acomodó en un rincón al fondo.

Sentados a la luz de la vela, el contraste entre la elegancia del vestido de Camelia y el decorado rústico le provocó una sonrisa. Pero su primer reflejo fue práctico. Extendió la mano sobre la pequeña mesa:

— Muéstramelo.
Liam, sorprendido, obedeció y puso su mano derecha sobre la madera. Con la punta de los dedos, Camelia rozó los vendajes que ella misma había colocado.

— No hay calor anormal, ni enrojecimiento sospechoso —diagnosticó con tono de enfermera, en contraste con su atuendo—. Está cicatrizando bien. ¿Y la clavícula?

— Sobrevivió al día —respondió él, mirándola intensamente y conteniendo una sonrisa ante ese profesionalismo inquebrantable—. Gracias. De verdad.
El camarero trajo la carta y dos vasos de agua. Liam miró el líquido transparente, infinitamente aliviado de no ver vino rojo esa noche.

— Entonces, Liam —empezó Camelia, recostándose en el banco, ojos brillantes de curiosidad—. ¿A qué te dedicas para tener un jefe que te aterra hasta el punto de acabar ensangrentado en la acera un martes por la noche?

La pregunta era directa, pero sin juicio. Liam tomó un largo sorbo de agua, midiendo sus palabras con cautela. Decir "hockey" lo arruinaría todo. Mencionar a los Monarchs y esa mujer que lo miraba con benevolencia vería de repente a la estrella, la inversión, la portada de los tabloides.

— Trabajo para una empresa muy grande —explicó finalmente con voz ronca, la mirada en la llama de la vela—. Es un entorno extremadamente duro, muy competitivo. Todo se basa en estadísticas, números, imagen. Mi propio padre gestiona mis asuntos.

— Trabajar en familia… La receta perfecta para el agotamiento — adivinó ella con inquietante precisión.

— Exactamente —asintió él, con un tinte de amargura—. Si muestro la más mínima debilidad, miles de personas la diseccionan de inmediato. La imagen lo es todo. Nadie me pregunta cómo estoy. Se supone que debo cargar con todos sobre mis hombros. Y últimamente… la máquina se sobrecalienta.

Se detuvo, temiendo haber dicho demasiado. Pero al alzar la vista, no vio lástima. Solo una comprensión profunda, casi fraternal.

— La famosa sensación de caída libre —susurró Camelia—. Esa que te invade cuando vuelve el silencio, cuando estás agotado, y todos siguen esperando que seas el pilar inquebrantable.
Las palabras de Camelia lo golpearon de lleno. Acababa de poner sílabas exactas sobre el dolor sordo que lo consumía.

— ¿Cómo lo sabe con tanta precisión? —suspiró, con la respiración entrecortada.

— Te lo dije, soy enfermera. O más bien, lo fui hasta la semana pasada. Durante seis años corrí por pasillos grises en París. Noches interminables reparando cuerpos rotos, persiguiendo alarmas. Fui en quien todos se apoyaban cuando todo se derrumbaba. Pasé tanto tiempo curando las heridas de otros que dejé que las mías se infectaran en silencio. La urgencia me vació, gota a gota.

Se instaló un silencio denso entre ellos.
— ¿Y por eso está aquí? —preguntó suavemente.

— Sí. Necesitaba ese vértigo, sentirme diminuta ante estos rascacielos donde nadie conoce mi nombre. Volver a ser una página en blanco.
Liam rió amargamente, sacudiendo la cabeza.

— Fascinante. Cruzaste el océano para encontrar anonimato en esta ciudad. Yo llevo años viviendo aquí y me sofoca. No puedo dar un paso sin que esperen algo de mí. Nueva York es una prisión abierta para mi imagen. En realidad, mi único respiro… eres tú, Camelia.

Compartieron platos grandes de pasta humeante, rieron del frío mordaz afuera y hablaron de la energía frenética de la ciudad. Liam disfrutaba cada segundo de aquel anonimato inesperado. No era el capitán. Cenaba con una mujer brillante, radiante, y por primera vez en meses, la presión en su cabeza se había calmado.

Cuando salieron del restaurante, poco antes de medianoche, el aire gélido de la noche los envolvió de nuevo. Liam se negó a detener un taxi de inmediato, prefiriendo caminar unas cuadras a su lado. Sus pasos resonaban al unísono sobre la acera húmeda, lejos del tumulto de la Séptima Avenida.
Frente a la majestuosa fachada de mármol del hotel de Camelia, bajo la luz tenue del toldo, se detuvieron. Liam se giró hacia ella. Sin pensar, guiado por un nuevo instinto, levantó su mano derecha herida y colocó con infinita delicadeza un mechón rebelde detrás de su oreja. El contacto fugaz de sus dedos ásperos contra su piel suave envió una corriente invisible que los dejó paralizados a ambos.

— Gracias, Camelia —susurró con voz grave, hundiendo la mirada en la suya—. Por recogerme ayer. Y por esta noche.

— Gracias a usted por demostrarme que se puede sobrevivir a un jefe tiránico comiendo excelente pasta —respondió ella con esa sonrisa traviesa que lo desarmaba por completo.

Él retrocedió un paso, dudando, como si se negara a romper el instante y volver a su soledad.

— ¿Puedo volver a verte? —preguntó, de repente vulnerable.

— Con mucho gusto, Liam.

Sonrió, una sonrisa sincera que por fin llegó a sus ojos cansados, y se alejó por la avenida, fundiéndose con la noche. Camelia permaneció inmóvil un largo momento, viéndolo desaparecer. Todavía ignoraba todo sobre el hombre que hacía vibrar los estadios de la costa Este, pero al subir a su habitación, supo con certeza que el vértigo de Manhattan acababa de comenzar.

Los guantes blancos

El sol de la costa Este se filtraba ya por la gran ventana de la habitación cuando Camelia emergió de un sueño profundo y reparador. Enrollada en las sábanas inmaculadas de su cama, cerró los ojos unos instantes, disfrutando del silencio de la estancia. De inmediato, las imágenes de la noche anterior la invadieron: el frío cortante del West Village, la penumbra reconfortante de la pequeña trattoria, y sobre todo, el contacto fugaz de esos dedos ásperos contra su piel suave cuando había acomodado un mechón de cabello detrás de su oreja. Un escalofrío recorrió su nuca, reavivando la chispa invisible que los había inmovilizado a ambos en la acera.

Su teléfono vibró sobre la mesita de noche. Era un mensaje de Thomas:
—Estoy en el hall. Y esta vez, tu recepcionista con bigote me deja tomar un café. Baja, tenemos una misión de la más alta importancia.

Camelia sonrió, se estiró largamente y se preparó con rapidez. Al salir del ascensor, Thomas estaba efectivamente instalado en uno de los profundos sillones de cuero del hall, un vaso humeante en la mano. Al verla, se levantó y la abrazó con calidez.

—Más te vale haber pasado una noche absolutamente excepcional para relegarme al segundo plano —bromeó mientras la conducía hacia las pesadas puertas giratorias.

—Fue… inesperado. Y perfecto —admitió ella, con las mejillas ligeramente sonrojadas por el aire frío y eléctrico de Nueva York.

—Exijo un informe completo y detallado —declaró Thomas, levantando un dedo autoritario—. Pero no ahora. ¿Recuerdas nuestro plan? Esta noche subimos de nivel. Y como tuviste la osadía

de estrenar tu magnífico vestido de seda azul noche para tu misterioso desconocido, ¡no hay manera de que yo me presente después con el mismo atuendo! Vamos a encontrar tu nueva armadura.

Camelia estalló en una risa, dejándose guiar por la energía inagotable de Thomas. Lejos de la atmósfera estéril del hospital, se dejó arrastrar por la frenetica energía de las avenidas. Pasaron la tarde recorriendo boutiques elegantes, perdiéndose entre el lujo ostentoso de las grandes vitrinas de la Quinta Avenida. Finalmente, en un cofre de terciopelo, Camelia encontró la joya: un sublime vestido verde esmeralda, con caída pesada y sedosa, que abrazaba sus curvas con elegancia arrebatadora, realzado por un cuello tipo cisne de refinamiento absoluto.

Al llegar la noche, vestida con su nuevo atuendo, sobre tacones altos y el cabello cuidadosamente recogido, hizo su entrada del brazo de Thomas en el exclusivo restaurante de Midtown. El contraste con la noche anterior era vertiginoso. Aquí no había madera encerada ni olor a ajo, romero y leña. Grandes candelabros de cristal difundían una luz dorada sobre manteles de blanco radiante. La atmósfera era sofocante de perfección, y el ballet de camareros, todos con trajes impecables y guantes blancos, se ejecutaba en un silencio coreografiado.

Una vez instalados en su mesa aislada, Thomas pidió una copa de champán y se inclinó hacia adelante, cruzando los brazos sobre el mantel.

—Muy bien. El escenario está puesto, tú estás fabulosa. Ahora, quiero saber todo sobre ese tal Liam. ¿Qué tiene un hombre que termina ensangrentado y borracho en una acera para que canceles nuestra cena?

Camelia hizo girar la flauta de cristal entre sus dedos, la mirada suavizada por sus pensamientos.

—No es lo que crees, Thomas. Tras su apariencia de coloso herido, hay un hombre de vulnerabilidad conmovedora.

—¿Un trader de Wall Street que lo perdió todo en el casino? —intentó su amigo con una sonrisa socarrona.

—No. Me dijo que trabajaba para una empresa muy grande, un entorno extremadamente duro y competitivo. Su propio padre gestiona sus asuntos. Todo es cuestión de estadísticas, números, imagen. Si lo hubieras escuchado… se espera que sea un pilar inquebrantable. Me confesó que nadie le pregunta cómo está, y que su máquina se sobrecalienta peligrosamente.

El camarero con guantes blancos depositó sus platos con gestos milimétricos. Camelia observó cómo el hombre se alejaba, divertida por la situación.

—Sabes, odiaría este lugar. Ayer cambió su traje por unos jeans y un suéter oscuro de cuello alto, con un gorro negro en la cabeza. Observaba el hall con mirada tensa, como si buscara esconderse del resto del mundo.

Thomas frunció ligeramente el ceño, intrigado, mientras pinchaba su plato con el tenedor.

—¿Un tipo que necesita un disfraz para caminar por la calle y que se siente perseguido? Camelia, ¿estás segura de que no huye del FBI o de la mafia local?

—¡No seas ridículo! —rió ella francamente—. Simplemente se asfixia, eso es todo. Es lo opuesto a mí. Crucé el océano para encontrar anonimato, para volver a ser una página en blanco. Él lleva años viviendo aquí, y esta ciudad es una prisión abierta para su imagen. Su único momento de libertad es cuando está conmigo… porque no sé absolutamente nada de su pasado ni de su estatus.

—¿Y eso no te da miedo? —preguntó Thomas, con tono repentinamente serio, la fibra protectora reapareciendo—. ¿Vincularte a un hombre cuyo apellido ni siquiera conoces? Acabas de salir de tus propios abismos, Cam. Pasaste seis años reparando cuerpos rotos y persiguiendo alarmas. No cargues con los problemas de un desconocido que se derrumba bajo la presión de su empresa familiar.

Camelia levantó la vista hacia su amigo. Comprendió su preocupación, pero la sensación que había experimentado cuando él la miró con absoluta ternura era más fuerte que cualquier razón.

—No cargo con sus problemas, Thomas. Por primera vez en mi vida, no soy la enfermera que debe repararlo. Nos limitamos a respirar, juntos. Ayer me dijo que yo era su único verdadero respiro. Y la verdad… él también lo es para mí.

Thomas permaneció en silencio un largo momento, observando el rostro radiante de su amiga de infancia. La mujer agotada de urgencias había desaparecido definitivamente. Finalmente, levantó su copa de champán con una sonrisa rendida pero sincera.

—Tienes estrellas en los ojos, Cam. No puedo luchar contra eso. Vamos a ese tal Liam, entonces. Esperemos que merezca el milagro que le estás ofreciendo.

Chocaron sus copas en un tintineo de cristal claro. La comida se prolongó entre risas, Thomas contando anécdotas de su vida neoyorquina para hacerla reír. Cuando el camarero de guantes blancos les trajo la cuenta, la pantalla del teléfono de Camelia, junto a su vaso, se iluminó repentinamente, vibrando con una breve alerta. Bajó la vista. El nombre **Liam** apareció en letras mayúsculas:

He sobrevivido a otro día de sobrecarga. Creo que necesito desesperadamente mi respiro. ¿Aceptarías correr el riesgo de una nueva escapada conmigo mañana por la noche? Prometido, sin guantes blancos otra vez.

Una sonrisa irreprimible se dibujó en los labios de Camelia. Bajo la mirada curiosa y divertida de Thomas, desbloqueó la pantalla para responderle. Todavía ignoraba todo sobre el hombre que hacía vibrar los estadios de la costa Este, pero sentada en aquel restaurante elegante, tuvo la certeza absoluta de que ese vértigo neoyorquino apenas comenzaba.

La escapada

La invitación de Liam todavía resonaba en la cabeza de Camelia, borrando casi el recuerdo de los candelabros brillantes y del restaurante demasiado perfecto de la noche anterior. «Prometido, sin guantes blancos.» A las siete, de regreso al hotel tras un día recorriendo Nueva York con Thomas, abrió su maleta con un gesto distinto. Olvidada la seda azul, olvidado el traje esmeralda. Si Liam huía de las luces y de la alta sociedad, ella lo seguiría en la sombra.

Eligió la elegancia simple, la de la ciudad: unos jeans bien cortados, un suéter fino de cachemir gris antracita, botines flexibles. Frente al espejo de mármol, dejó caer su cabello castaño libre, lejos de los sofisticados recogidos de la noche anterior. Un poco de rímel, un bálsamo labial con un toque de color, y eso fue todo. Al tomar su bolso, recordó las advertencias de Thomas: *No te metas en los problemas de un desconocido que se derrumba bajo el peso de su empresa familiar.* Pero el recuerdo del escalofrío que sus dedos ásperos habían dejado en su piel barrió toda prudencia. Manhattan no estaba hecha para la razón.

A las ocho en punto bajó. El majestuoso hall, perfumado con lirios, bullía de turistas y hombres de traje. Liam la esperaba en el mismo lugar, en retirada, junto a un pilar. Llevaba una pesada chaqueta oscura, el cuello levantado y su gorro negro calado, como para esconderse. Al verla avanzar, tan sencilla, tan lejos de los atuendos de diseñador, una sonrisa de alivio iluminó su rostro.

—Buenas noches, Camelia —susurró cuando ella se detuvo frente a él—. ¿Has dejado la alta costura en el armario?

—Me pareció entender que nuestro destino no requería diamantes —respondió ella con esa sonrisa traviesa que siempre lo desarmaba—. ¿Has sobrevivido a tu día?

—En cuanto te vi, sí —admitió él, con la voz un poco velada—. Ven, tengo una escapada para ti.

La condujo afuera. El frío los golpeó, pero Liam no llamó un taxi. Caminaron unas cuadras hacia el este, internándose en calles más tranquilas, más residenciales. Se detuvo frente a un escaparate polvoriento y apagado, el de un viejo sastre. Sin dudar, empujó la puerta desvencijada, atravesó la parte trasera llena de telas y abrió una pesada puerta metálica escondida al fondo.

Camelia contuvo la respiración. Acababan de entrar en un Speakeasy, uno de esos bares secretos de la ciudad. La atmósfera era cálida, envolvente, a años luz de los restaurantes ostentosos. Solo unas pocas velas iluminaban la penumbra. En un rincón, un grupo de jazz tocaba suavemente, el saxofón mezclándose con el tintineo de los cubitos de hielo. Era íntimo, discreto, una burbuja fuera del tiempo.
Un camarero los instaló en un sofá de terciopelo, en la alcoba más oscura. Se encontraron sentados lado a lado, sus hombros rozándose con cada movimiento.

—Es increíble —susurró Camelia mirando alrededor—. Parece que la ciudad de arriba ya no existe.

—Ese es exactamente el objetivo —respondió Liam mientras pedía dos copas con un gesto de cabeza—. Aquí, nadie mira a nadie.

A la luz vacilante de la vela, Camelia lo observó. Las ojeras bajo sus ojos parecían menos marcadas, pero aún persistía cierta tensión en su mandíbula.

—¿Cómo fue ese famoso día? —preguntó suavemente.

Liam giró su copa entre los dedos. Las exigencias de su mundo, los números, la imagen que mantener… todo parecía repentinamente lejano, irreal.

—La máquina chirría —confesó con voz grave—. He tenido que demostrar a todos que sigo siendo el pilar sólido que esperan. Me vacía, día tras día. Pero cuando te envié ese mensaje… la caída se detuvo.

Giró la cabeza hacia ella, su mirada sumergiéndose en la de Camelia con una intensidad que la hizo estremecerse.

—Usted es mi única tregua, Camelia. La única persona aquí que me permite bajar la guardia.

Su corazón dio un salto. Esa vulnerabilidad, escondida bajo una presencia tan imponente, la conmovía más que nada. No hizo preguntas sobre su familia, ni sobre sus obligaciones. Respetó esa necesidad de volver a ser una página en blanco, para ambos. En su lugar, le contó anécdotas ligeras sobre París, lejos de los pasillos de hospital y las alarmas estridentes. Durante dos horas, aislados del mundo, el hombre exhausto y la enfermera reaprendieron simplemente a respirar juntos.

Cuando salieron, mucho después de medianoche, el golpe del frío fue brutal. Un viento cortante barría la calle desierta. Camelia se estremeció, metiendo las manos en los bolsillos. Liam lo notó de inmediato. En lugar de buscar un taxi, se detuvo bajo una farola antigua cuya luz parpadeaba suavemente.

—Tienes frío —susurró, su voz cubierta por el viento.

Se colocó frente a ella, reduciendo la distancia entre sus cuerpos. Camelia levantó la vista. La chispa nacida la noche anterior se encendió de golpe, arrasándolo todo.

Lentamente, con una hesitación que contrastaba con su fuerza, Liam sacó las manos de los bolsillos. Las alzó, enmarcando el rostro de Camelia con infinita delicadeza. Sus palmas estaban ardientes. Bajo sus dedos torpes, ella sintió la rugosidad familiar de su piel; sobre su mejilla derecha, la suavidad del vendaje que ella misma había colocado. Ese contraste la hizo estremecerse más que el viento.

Su aliento se mezcló en una nube blanca en el aire helado. Liam hundió su mirada en la de ella, buscando un último permiso, vulnerable. Pero Camelia no retrocedió. Cerró los ojos, abandonándose al calor de sus manos.
Se inclinó. Sus labios rozaron primero los suyos, suaves, temblorosos, como si temiera romperla. Luego, sintiendo las manos de Camelia aferrarse a su chaqueta, la barrera se rompió. Liam profundizó el beso, liberando toda la pasión, la frustración y la soledad de los últimos meses. Era un beso urgente, ferviente, un abandono total bajo el cielo indiferente de Nueva York.

Acurrucada contra él, protegida del frío y del mundo por su porte, Camelia se sintió caer también. Pero ya no era la caída libre de las urgencias… era el vuelo hacia una nueva vida. Cuando se separaron, jadeantes, la frente de Liam contra la suya, el silencio de la calle les pareció la más hermosa de las sinfonías. La página en blanco acababa de escribirse. Y no habría vuelta atrás.

La chispa

El sol matutino de la costa este ya se colaba por el gran ventanal de la habitación cuando Camelia emergió de un sueño profundo. Aún envuelta en las sábanas inmaculadas de su cama, se estiró largamente, disfrutando del reconfortante silencio de la estancia. De inmediato, el recuerdo de la noche anterior la invadió con una fuerza fulminante. Flotaba sobre una nube, reviviendo sin cesar el instante suspendido en el callejón helado del West Village. El viento cortante que barría el asfalto, el calor ardiente de las palmas de Liam enmarcando su rostro y la pasión absoluta de su primer beso la hacían estremecerse todavía. Lejos de la vertiginosa sensación de caída libre que conocía en las urgencias de París, aquel beso había sellado el despegue definitivo hacia una nueva vida.

Hacia las diez, el bullicio de la ciudad la devolvió a la realidad. Se encontró con Thomas frente a un café humeante en una pequeña y animada cafetería. Al verla entrar, envuelta en una bufanda pero con una sonrisa en los labios, su amigo de la infancia la observó con atención penetrante. La mujer exhausta y con ojeras, que había huido de los pasillos del hospital, había desaparecido por completo, dejando paso a una silueta radiante, vibrante con una energía renovada.

—Tienes estrellas en los ojos, Cam —observó Thomas con una sonrisa tierna, ofreciéndole su taza—. Pero te lo repito, estás jugando con fuego. Te estás apegando a un hombre cuyo apellido ni siquiera conoces.

—Thomas… —susurró ella suavemente, calentándose las manos contra la cerámica.

—No, escúchame —insistió él, dejando que su instinto protector se impusiera de inmediato—. Ese hombre "sin nombre" necesita un disfraz para caminar por la calle, huye de la luz y se siente constantemente perseguido. Vive como un fantasma. No te cargues con los problemas de un desconocido que se derrumba bajo la presión de su empresa familiar.

—No me cargo con nada —respondió ella con voz calma y segura, protegiendo celosamente el secreto de su burbuja—. Cuando estamos juntos, no hay expectativas ni presión. Solo respiramos.

Mientras tanto, a unos kilómetros de allí, el escenario era radicalmente distinto. La pesada puerta del vestuario de los New York Monarchs chirrió, dejando escapar aquel olor persistente a cuero húmedo, bálsamo de tigre y egos desmoronados. Pero en aquel día de partido crucial en el Madison Square Garden, la atmósfera alrededor del capitán había sufrido un cambio sísmico. Liam O'Connor cruzó el umbral con un paso firme y poderoso, muy lejos de la masa tambaleante y exhausta de días anteriores. La sensación aplastante de caída libre, esa vocecita que le susurraba que se ahogaba bajo su traje a medida, había sido barrida por la chispa nacida en el callejón.

Sentado en el banco, Miller, su extremo derecho, ataba sus patines con la habitual rabia, tirando de los cordones hasta lastimarse los dedos. Al levantar la vista hacia su capitán, se detuvo, estupefacto. Liam irradiaba una energía nueva y un calmado aplomo. El entrenador, a punto de gritar sus reprimendas golpeando su libreta contra la pizarra, cerró la boca, totalmente desconcertado. No quedaba rastro de fatiga en los ojos del número 22. Al cerrar su guante protector sobre las vendas que cubrían su palma derecha, Liam sintió un dolor sordo, pero limpio, que lo anclaba a la realidad. La máquina ya no chirriaba; estaba relanzada. Iba a ganar.

Sobre el hielo, la metamorfosis de Liam alcanzó proporciones magistrales. Galvanizado por la noche anterior y la suavidad de las

manos de la enfermera, sobrevoló literalmente los debates. Sus golpes contra la barrera eran de una autoridad implacable, sus pases de precisión fulminante. Dominaba el partido con la rabia de un hombre que había encontrado finalmente una razón para luchar. Cuando sonó la sirena final, anunciando la victoria aplastante de los Monarchs, el público del Madison Square Garden estalló en un estruendo ensordecedor.

Sin embargo, ese regreso triunfal reavivó instantáneamente el peligro. Apenas salió de la pista, la presión mediática se cerró sobre él como una trampa. Mark, el responsable de comunicación, lo esperaba firme en el pasillo, la tablet pegada al pecho y una amplia sonrisa depredadora en el rostro.

—¡El gran O'Connor ha vuelto! —exclamó frente a una nube de periodistas.

Los flashes crujieron, cegándolo casi por completo. Los medios se descontrolaron, listos para imprimir titulares espectaculares sobre el despertar del capitán. En el bolsillo de su sudadera, su teléfono comenzó a vibrar frenéticamente. Su agente, aterrorizado por los contratos del día anterior, retomaba la ofensiva con fervor, y su propio padre ya le enviaba mensajes para analizar sus estadísticas impresionantes y felicitar la recuperación de la imagen de la franquicia. La presión de su fama, que había logrado evadir durante una noche en un speakeasy del West Village, se cerraba de nuevo de manera implacable alrededor de él. La ciudad no mostraba piedad por las ídolos, caigan o triunfen.

Aquella misma noche, de regreso en el silencio de su enorme apartamento en el Upper West Side, Liam contemplaba la ciudad desplegada ante sus pies a través del gran ventanal. La adrenalina de la victoria disminuía lentamente, pero otra urgencia, mucho más profunda e íntima, le ardía en las venas: el deseo visceral de volver a ver a Camelia.

La prudencia le gritaba que permaneciera recluido. Con las cámaras apuntando hacia él desde todas partes y los periodistas deportivos al acecho tras sus notables actuaciones en la pista, salir de incógnito en Nueva York resultaba mucho más peligroso que las noches anteriores. Si lo sorprendían con ella en la calle, su rostro aparecería en las portadas de los tabloides al día siguiente, arruinando para siempre su preciada y frágil página en blanco.

Sin embargo, la falta de su "única tregua" era insoportable. Inspirando hondo, Liam decidió correr el riesgo absoluto. Tomó su teléfono, negándose a dejar que el miedo y los medios dictaran su conducta. Pero no podía proponerle un bar o restaurante, ni siquiera clandestino. Le envió un mensaje audaz para una nueva cita, arriesgándose por primera vez a que su verdadera identidad quedara expuesta a la luz:

He conseguido una victoria decisiva hoy. Pero los focos están sobre mí, y salir a la calle se ha vuelto demasiado peligroso esta noche. Sin embargo, el deseo de verte es más fuerte que la prudencia. ¿Aceptarías correr el riesgo de reunirte conmigo en un lugar privado? Te prometo que estarás a salvo de miradas indiscretas.

Al presionar el botón de enviar, con el corazón latiendo desbocado, Liam supo que aquel mensaje amenazaba con trasladar su burbuja fuera del tiempo directamente a la cruda realidad de su mundo.

A puerta cerrada

Sentada en el borde de la gran cama, Camelia miraba fijamente la pantalla de su teléfono. El audaz mensaje de Liam pulsaba ante sus ojos, invitándola a correr el riesgo de una nueva evasión con él, prometiéndole que seguiría sin haber camareros con guantes blancos. A pesar de las repetidas advertencias de Thomas, el deseo visceral de recuperar el fervor de su último beso barría cualquier pizca de razón.

Con los dedos ligeramente temblorosos, escribió su respuesta: *Acepto el riesgo. ¿Pero dónde?*

La respuesta no se hizo esperar. Liam le envió una simple dirección. Al leer los números y el nombre de la calle, Camelia se sorprendió. Era en pleno corazón del Upper West Side, uno de los barrios residenciales más lujosos e inaccesibles de la ciudad. El misterio se espesaba, pero no la asustaba.

Se levantó y se acercó a su maleta abierta. Esta noche, no se trataba de brillar en sociedad con su vestido de seda azul. Su mirada cayó al fondo de su equipaje. Allí, cuidadosamente doblado, reposaba su único vestido negro corto. Ese vestido era el equipaje de una superviviente, traído de su vida parisina como enfermera. Pero para esta velada fuera del tiempo, su sencillez le pareció de repente una evidencia.

Se puso el pequeño vestido negro. El tejido fluido se ajustó a sus curvas con una elegancia modesta pero temible. Dejó que su cabello castaño cayera libremente sobre sus hombros, resaltó su mirada avellana con un simple trazo de rímel y deslizó sus pies en un par de tacones negros clásicos. Frente al gran espejo, ya no vio la armadura

de una woman lista para conquistar la ciudad, sino la vulnerabilidad de una mujer lista para amar.
Treinta minutos más tarde, el taxi amarillo la dejó ante la impresionante entrada de un edificio de gran lujo. La cabina del ascensor privado se elevó silenciosamente hasta el último piso. Cuando las puertas se abrieron, Liam estaba allí. Llevaba una simple camiseta negra y un pantalón oscuro. Al descubrir a Camelia en su vestido negro, de una sencillez desarmante, su mirada se encendió.

— Gracias por venir —susurró, apartándose para dejarla entrar.

Camelia dio unos pasos en el interior y se quedó sin aliento. Era un espacio inmenso, dotado de una cocina moderna con una imponente isla de mármol, bañado en un silencio abrumador. Al fondo del salón se alzaba un gigantesco ventanal por el cual Nueva York se extendía a sus pies.

Liam sonrió con un toque de timidez y le señaló la isla de mármol. Dos taburetes altos estaban allí, y varias cajas de comida asiática para llevar humeaban suavemente, acompañadas de dos cervezas frías.

— Me he tomado la libertad de pedir comida —explicó, adelantándose para retirarle un asiento—. Fideos salteados y raviolis del pequeño restaurante de abajo. Como prometí, no hay ni lámparas de cristal ni guantes blancos esta noche.

Camelia estalló en una risa cristalina que calentó instantáneamente la atmósfera gélida del apartamento. Se instaló en el taburete, encantada por esta atención inesperada. Compartieron esa cena improvisada con una sencillez desconcertante. Lejos de las mundanidades, comieron directamente de las cajas de cartón, intercambiando sonrisas cómplices y anécdotas ligeras sobre la ciudad. Para Liam, este momento de una banalidad absoluta, compartido con esta mujer que ignoraba todo sobre su estatus, era un lujo inestimable.

Una vez terminada la comida, Liam apartó suavemente su caja vacía. La tensión eléctrica, puesta en pausa durante la cena, resurgió con una fuerza decuplicada. Se levantó y le tendió la mano. Camelia dejó deslizar sus dedos en los suyos, y él la arrastró hacia el gigantesco ventanal del salón.

— Fuera, la ciudad me asfixia y los focos me ciegan —confesó con voz grave, colocándose justo frente a ella—. Solo ven en mí un pilar infalible, una línea de estadísticas. Pero aquí, esta noche, con usted... ya no necesito esconderme.

Su mirada se hundió en los ojos de Liam, y leyó en ellos una ternura de una intensidad rara. Él levantó los brazos, y sus palmas, marcadas por numerosas cicatrices antiguas, enmarcaron el rostro de la joven. Se inclinó, y sus labios se encontraron. Lo que comenzó como un susurro vacilante se transformó instantáneamente en una pasión fulminante, barriendo toda la soledad insoportable de los últimos meses.

Con una dulzura que contrastaba increíblemente con su potencia física, Liam deslizó la fina cremallera en la espalda de la joven. El pequeño vestido negro resbaló por sus caderas para terminar naufragando sobre el parqué liso. La camiseta negra de Liam lo acompañó un segundo después.

En la penumbra del salón, bañados solo por las luces de la ciudad, se desplomaron juntos sobre el amplio sofá.

Él la besó a lo largo del cuello, bajó lentamente hasta su pecho y succionó delicadamente sus pezones. Camelia dejó escapar un gemido y se arqueó, buscando su cuerpo, frotándose contra su sexo ya duro.

Él deslizó su mano derecha en el hueco de sus riñones, manteniéndola contra él, mientras su mano izquierda bajaba entre sus piernas. Acarició su clítoris con la punta de los dedos, dibujando lentos círculos con su pulgar, acompañados de un movimiento

regular de vaivén con el índice. Camelia gimió de placer, arqueándose aún más.

— Penétrame…

Él se colocó contra ella, deslizó solo el glande en su interior mientras continuaba acariciándola. Los movimientos eran lentos, delicados, calculados para hacerla estremecer. Luego, sin quitarle los ojos de encima, se hundió completamente en ella. Primero suavemente. Luego más rápido.

— Me gusta… sigue…

Él la levantó con un brazo y se sentó en el sofá. Ella se encontró a horcajadas sobre él, hundiéndose aún más, saboreando cada sensación. Liam gimió a su vez. Ella lo cabalgó con una lentitud cruel, cargada de un placer intenso. Él la pegó contra sí, más fuerte aún, la besó fogosamente. Ella le mordió el labio y aceleró el ritmo.
Su mano encontró el clítoris de ella, acompañando sus movimientos, sincronizando cada vaivén hasta que estallaron juntos en un orgasmo potente. Camelia apoyó la cabeza contra su hombro, recuperando el aliento, luego levantó el rostro hacia él.

— Hacía tiempo que no tenía un orgasmo así.
Él le sonrió, la besó. Ella se levantó tomándole la mano.

— ¿Por dónde se va a la ducha?
Él la guio. Bajo el agua caliente que resbalaba sobre sus cuerpos, ella decidió enjabonarlo lentamente con sus manos, luego se detuvo frente a él. Acarició su sexo con dulzura. Liam tuvo una erección al instante.

Ella lo miró, sonrió, continuó sus caricias, luego lo lamió en toda su longitud antes de tomárselo en la boca. Liam soltó un gruñido ronco.

— Joder, Camelia…

Ella alternó movimientos lentos y luego más rápidos. Él la agarró, la levantó, la besó y la pegó contra la pared de la ducha. Se hundió en ella.

Ella gimió.

— Tómame…

Él la sostenía por la cintura. Ella guio la mano de él hacia su clítoris, dirigiendo sus gestos mientras él la embestía sin reserva. Estallaron juntos, sin aliento.

— Camelia… nunca he sentido esto con ninguna otra mujer.

Ella sonrió, todavía temblando.

— Yo tampoco… nunca.

Él le tendió una toalla suave, luego una de sus camisetas. Ella se la puso, ahogada en el tejido que olía a jabón y… a él. Por primera vez en la noche, se sintió en su lugar.

El capullo

El sol matutino de la costa este ya se deslizaba por el ventanal cuando Camélia emergió lentamente de un sueño profundo, como no lo había hecho en años. No había pitidos de monitores, ni alarmas, ni pasos apresurados por los pasillos rompiendo el silencio. En París, había dejado atrás las urgencias, el cansancio que carcome, esa sensación de vaciarse gota a gota al servicio de los demás. Esa mañana, envuelta en el calor de las sábanas inmaculadas, solo le pertenecía a ella.

Se estiró largo rato, sintiendo los músculos un poco doloridos después de la noche. Al volver la colcha, hundió la nariz en el cuello de la camiseta negra demasiado grande que llevaba puesta. La tela estaba impregnada de él. Un olor crudo, masculino, mezcla de calor, almizcle y del recuerdo de sus cuerpos entrelazados. Respirarlo la hizo estremecerse. Por primera vez en tanto tiempo, en esta cama que no era la suya, en medio de una ciudad enorme, se sentía en su lugar.

Con los pies descalzos sobre el parquet, se levantó. La camiseta resbalaba sobre sus muslos. Cruzó la habitación sin hacer ruido y entró en el amplio salón. La luz dorada de la mañana inundaba la estancia, ahuyentando la frialdad clínica que había sentido la víspera.

Cerca del islote de mármol de la cocina, Liam tenía la espalda vuelta hacia ella. Llevaba un simple chándal oscuro, torso desnudo. Camélia se detuvo a observarlo. La luz resaltaba sus hombros anchos, pero también las cicatrices antiguas que marcaban su piel, testigos silenciosos de los golpes que había recibido. El hombre que se había

desplomado en la 7ª Avenida días atrás parecía ahora en paz. Preparaba café con movimientos lentos.

—Buenos días —susurró suavemente.
Él se dio vuelta. Al verla, sumida en su camiseta, el cabello despeinado, su rostro se relajó. El cansancio que normalmente lo corroía parecía haber desaparecido. Una sonrisa tierna iluminó sus labios.

—Buenos días, Camélia —respondió con voz grave, tendiéndole una gran taza humeante.

—¿Dormiste bien?

—Mejor de lo que podría haber imaginado —confesó ella, tomando la taza con ambas manos.

Se apoyó en el mármol frío, cerca de él, casi rozando sus hombros. Permanecieron un momento así, lado a lado, observando por el ventanal la ciudad que despertaba, con sus taxis amarillos pasando abajo. Una mañana de una simplicidad desarmante. Para Liam, ese silencio compartido, sin preguntas sobre su rendimiento, era un lujo invaluable.
Pero la ciudad no toleraba que se le escapara nadie. La sombra de la realidad intentó forzar de repente los muros de vidrio de su refugio.

El teléfono de Liam, apoyado cerca de la mano de Camélia, comenzó a vibrar violentamente. El zumbido contra el mármol rompió el silencio. La pantalla se encendió, se apagó y se volvió a encender bajo una lluvia de notificaciones. Llamadas, mensajes urgentes, alertas.

Camélia frunció el ceño, la garganta un poco apretada. Bajó la vista al aparato, luego miró a Liam. Le volvieron las confidencias que él le había hecho la víspera: un mundo duro, ultracompetitivo, dirigido por su padre, donde la imagen lo era todo y donde no podía mostrar debilidad.

—¿Es tu jefe? —preguntó suavemente—. Tal vez deberías responder… No quisiera que esta "máquina" te aplastara por mi culpa.

La mirada de Liam se posó un segundo sobre la pantalla. Sin leer los nombres, sabía lo que le esperaba: la hora del entrenamiento, los mensajes de pánico de su agente, las órdenes del departamento de comunicación, las reprimendas del entrenador, los textos fríos de su padre. El mundo exterior gritaba para que volviera a la línea azul.

Pero al alzar la vista hacia Camélia, hacia esa mujer que lo miraba a él y no a la inversión que representaba, tomó una decisión visceral. Con un gesto seco, agarró el teléfono, lo apagó y lo puso boca abajo sobre el mármol.

—No importa quién sea —dijo con voz calmada—. No hay nada más importante que el lugar en el que estoy ahora mismo.

Reduciendo la distancia entre ellos, con suavidad, le quitó la taza de las manos para dejarla a un lado. Luego, sus palmas ásperas rodearon el rostro de Camélia.

—Mi vida allá afuera es un caos, Camélia —confesó, apoyando la frente contra la suya—. Es una olla a presión que amenaza con explotar en cualquier momento. Pero cuando estoy aquí, contigo… la caída libre se detiene. Eres mi único punto de anclaje. Mi único respiro. Me niego a que esta burbuja estalle hoy.

Camélia cerró los ojos, conmovida. El misterio que lo rodeaba seguía allí, pero ya no importaba. El compromiso entre la superviviente de urgencias y el náufrago de Manhattan se volvía total. Se salvaban mutuamente.

Él la condujo al sofá. Se acomodaron allí, abrazados, negándose a dejar que el día retomara su derecho. Acurrucada contra su torso, Camélia sentía los latidos de su corazón contra su mejilla. Hablaron de sus miedos, de esa necesidad de refugio en una vida que siempre

exigía más. En ese capullo suspendido en el cielo del Upper West Side, reaprendían simplemente a respirar juntos.
Pero la arena del reloj continuaba su curso. Hacia el final de la mañana, Camélia miró el reloj del horno y suspiró.

—Realmente debo irme —murmuró, reincorporándose a regañadientes, acariciando suavemente la mandíbula de Liam—. Thomas debe estar impaciente. Hoy debíamos explorar Little Italy, y si lo dejo otra vez, podría llamar al SWAT.

Liam sonrió, un poco triste pero comprensivo. La dejó volver al dormitorio para que se pusiera su vestido negro y los tacones.
Cuando lo alcanzó junto a la puerta, el aire parecía haberse espesado. Les costó separarse. Liam la abrazó por última vez, sumergiendo su mirada en la de ella. Sus labios se encontraron en un beso lento, profundo, cargado de la promesa de que esta historia apenas comenzaba.

—Prométeme que nos veremos muy pronto —susurró contra sus labios, casi vulnerable.
—Lo prometo, Liam. Sobreviviré a tu jefe, y sobreviviré a Thomas.

Ella le lanzó una última sonrisa, se apartó de su abrazo y cruzó el umbral. El clic amortiguado de la puerta resonó en el pasillo. Camélia se dirigió hacia el ascensor, con paso ligero, el corazón alegre, llevándose consigo la ilusión de su bello anonimato.
Pero del otro lado de la puerta, el contraste fue violento.

Tan pronto como la cerradura se aseguró, la expresión de Liam cambió. La sonrisa tierna desapareció, dando paso a una mandíbula tensa. La ilusión de su capullo acababa de estallar. El silencio del apartamento volvió a ser abrumador, más ensordecedor que los gritos de una pista de hielo llena. Se quedó apoyado en la puerta, ojos cerrados, sintiendo cómo la fatiga y el dolor subían como una marea.

Lentamente volvió al islote de mármol. Miró su teléfono, aún boca abajo. Tomó una profunda respiración, como antes de sumergirse en aguas heladas, y encendió el aparato.
De inmediato, la violencia de su estatus público le saltó a la garganta. El teléfono explotó. Alertas de cadenas deportivas sobre su ausencia en el entrenamiento, titulares preguntando si cedería su brazalete, mensajes de pánico de la dirección. La presión se cerró tan fuerte sobre su pecho que le cortó la respiración.

Ya no era el amante vulnerable de la pequeña enfermera francesa. Volvía a ser el capitán estrella, el ídolo público, la inversión que no podía fallar. Debía regresar a la arena de hielo. Ponerse su armadura, enfrentar a los periodistas, soportar las reprimendas, cargar nuevamente con el peso de los New York Monarchs sobre sus hombros.

Mientras Camélia se alejaba alegremente por las calles de Nueva York, aún ignorante de quién era realmente, Liam bajó la cabeza, tomó su bolsa de deporte con una mano temblorosa y se preparó para enfrentar el infierno.

El muro de hielo

En el mismo instante en que Camelia corría a perder el aliento en la noche mordaz de Manhattan para huir de la arena, Liam O'Connor se escabullía por la salida VIP del Madison Square Garden.

Escoltado por dos agentes de seguridad que repelían a los últimos periodistas aglutinados en la acera, el capitán de los Monarchs se lanzó al asiento trasero de su imponente SUV de empresa con lunas tintadas en negro. En cuanto la pesada puerta se cerró, cortando en seco los gritos de los fans y el crepitar de los flashes, el silencio aterciopelado del habitáculo lo envolvió.

— Buen partido, señor O'Connor —susurró respetuosamente Davis, su chófer personal, cruzando su mirada en el retrovisor central—. ¿Volvemos al apartamento?
— Conduce un poco, Davis, por favor —respondió Liam con una voz ronca por la adrenalina que aún le quemaba las cuerdas vocales—. Mantén el motor en marcha. Estoy esperando una respuesta.

Liam aflojó violentamente el nudo de su corbata oscura y desbloqueó la pantalla de su teléfono. Su mensaje había salido hacía más de veinte minutos. Normalmente, la joven enfermera respondía con esa vivacidad punzante e impertinente que tanto lo desarmaba. Pero esta noche, la pantalla permanecía desesperadamente vacía.

Pasaron cinco minutos. Luego diez. La calma olímpica que lo había sostenido sobre el hielo durante toda la velada comenzó a resquebrajarse. La máquina acababa de reiniciarse, le había demostrado a su padre y a la directiva que seguía mereciendo su brazalete, pero esta victoria aplastante ya no tenía el más mínimo sabor si no podía encontrarla a ella. El silencio de Camelia se volvía

ensordecedor, mucho más opresivo que las decenas de llamadas perdidas de su agente que ignoraba deliberadamente.

De repente, un presentimiento glacial le oprimió el estómago. La sensación de caída libre, que creía haber derrotado definitivamente la víspera en el callejón del West Village, resurgió con una violencia fulminante. Algo no iba bien. Ese silencio no era propio de ella.

El instinto se impuso a la razón. Levantó la cabeza hacia el retrovisor:

— Davis, cambia de dirección. Llévame al hotel de Midtown. El de la calle 55. Y pisa el acelerador.

El gran cilindro del SUV rugió en la noche neoyorquina. Mientras Liam atravesaba la ciudad a toda velocidad, con el corazón golpeando sus costillas bajo su traje a medida, una escena de devastación silenciosa se desarrollaba en el último piso del hotel de Camelia.
En la habitación colgada sobre el vacío, el gran ventanal por el que Nueva York se extendía a sus pies ya no ofrecía consuelo alguno. El vértigo ya no era embriagador; era nauseabundo.

Camelia recorría la estancia con un frenesí desesperado. El sublime abrigo claro, que había mandado limpiar tras su primera colisión, acababa de ser arrojado hecho una bola al fondo de su maleta abierta sobre la cama. Sus vaqueros, sus jerséis de cachemira, su neceser, todo iba dentro. Sus gestos eran bruscos, mecánicos, desprovistos de la menor dulzura. Había vuelto al modo supervivencia.

Apoyado contra la pared, con los brazos cruzados, Thomas la miraba hacer, impotente. Había corrido tras ella desde la salida del estadio, atravesando las avenidas glaciales sin decir una palabra, respetando su estado de shock. Pero verla hacer las maletas en plena noche superaba su comprensión.

— No puedes huir así, Cam —intentó él suavemente dando un paso hacia la cama. — No huyo, Thomas —soltó ella, con la voz vibrante de rabia y pesar—. Me protejo. Hay una diferencia inmensa. Regreso a París. Mañana, a primera hora.

Agarró su magnífico vestido de seda azul noche, el mismo que llevaba cuando se entregó a él sin barreras, y lo dobló con una violencia contenida. Las lágrimas de traición rodaban silenciosamente por sus mejillas, nublando su vista.

Cada imagen de la noche daba vueltas en su mente y le provocaba náuseas. El rostro carnicero de Liam en esa pantalla gigante. La brutalidad inaudita de los choques contra las paredes de plexiglás. Los miles de fans histéricos gritando el número 22. El hombre vulnerable al que había duchado en su cuarto de baño, el hombre que había susurrado que ella era su único soplo de aire puro, no era más que una mentira cubierta de tinta negra. Se había creído especial, se había creído necesaria, cuando solo era la pequeña enfermera ingenua que servía de refugio clandestino para una superestrella millonaria acosada por los medios.

— Cam, escúchame —insistió Thomas poniendo una mano firme en su muñeca para detenerla—. Sé que el choque es brutal. La magnitud de su mundo es aterradora. Pero el hombre al que cuidaste y amaste en ese apartamento... no era el ídolo del cartel. Era él. No te mintió sobre su angustia.

— ¡Me mintió por omisión a cada segundo! —estalló ella, soltándose del agarre de su amigo—. ¡Sabía perfectamente que nuestro anonimato era una bomba de relojería! Me dejó creer que éramos dos páginas en blanco, dos extraños libres. ¡Pero pertenece a la ciudad entera, Thomas! ¿Y yo, en medio de esa arena? ¿Qué se supone que soy? ¿Su secreto inconfesable? ¿Su enfermera en la sombra a la que esconde en bares clandestinos para evitar que su rostro acabe en los tabloides?

Se detuvo, sin aliento, llevándose el rostro a las manos. — Dejé las urgencias de París porque estaba devorada por los demás. Me niego a ser engullida por la sombra de un Dios del hielo.

Tres golpes sordos resonaron de repente contra la pesada puerta de madera maciza de la habitación. El silencio cayó instantáneamente en la estancia. Thomas frunció el ceño, enderezándose.

— Seguramente es el servicio de habitaciones por tu billete de avión —susurró avanzando—. Voy a abrir.

— No —lo detuvo Camelia, con la voz repentinamente fría, cortante como un escalpelo—. Es para mí. Lo sé.

Se secó las lágrimas de las mejillas con un revés de manga rabioso. Respiró profundamente, enderezó los hombros y dejó caer la máscara de la amante burlada para ponerse una armadura que dominaba a la perfección: la de la enfermera clínica, inquebrantable, fría y autoritaria, la que anunciaba los peores diagnósticos en los pasillos.

Caminó con paso rígido hasta la puerta, desactivó el pestillo de seguridad y la abrió de par en par.

Liam estaba en el umbral, con el aliento corto. Había debido subir los pisos a una velocidad de locos. Su cabello oscuro aún estaba húmedo de su ducha post-partido. Al verla, una inmensa sonrisa de alivio, profunda y vulnerable, iluminó instantáneamente su rostro de rasgos cansados.

— Camelia... —jadeó, dando un paso adelante para adentrarse en lo que creía que era su refugio—. Creí que te había pasado algo, no has...

No tuvo tiempo de terminar la frase. La expresión gélida, dura e implacable de la joven lo detuvo en seco. Su sonrisa murió en sus labios. Bajó la vista y divisó a Thomas, de pie al fondo de la

habitación, y luego la maleta abierta sobre la gran cama. El suelo pareció hundirse repentinamente bajo sus pies.

— Felicidades por su aplastante victoria de esta noche, Capitán O'Connor —soltó Camelia con una voz glacial, cada palabra restallando como un latigazo en el silencio del pasillo.

El impacto de la frase golpeó a Liam con más violencia que un placaje contra la barandilla de hielo. Su rostro se vació de color. Sus anchos hombros se hundieron brutalmente, aplastados por el derrumbe inmediato de la ilusión. Ella lo sabía. La página en blanco acababa de ser carbonizada para siempre.

— Camelia... —balbuceó, con la voz rota, tendiendo una mano temblorosa hacia ella—. Te lo ruego, déjame explicarte.

— ¿Explicarme qué? —espetó ella sin retroceder ni un milímetro, levantando un muro de hielo infranqueable entre ellos—. ¿Explicarme que el coloso herido que recogí en la acera es una inversión de varios millones de dólares cuyo rostro se exhibe en la fachada del Madison Square Garden? ¿O explicarme que todas sus bellas palabras sobre el anonimato no eran más que una tapadera para proteger la "franquicia" y sus preciosos contratos de los paparazzi?

— ¡No! —se indignó él, con un destello de pánico cruzando su mirada oscura—. ¡Nada de eso era una tapadera! La angustia era real. ¡El agotamiento, la necesidad visceral de huir, todo era real! ¡Tú me salvaste aquella noche, Camelia!

Se adelantó, ignorando a Thomas, suplicando casi con la mirada a la joven. Bajo su traje de lujo, el corazón del capitán latía a todo romper.

— Quise decírtelo, te lo juro. Cien veces quise decirte quién era. ¿Pero cómo habría podido hacerlo? En el segundo en que hubieras sabido que yo era el gran O'Connor, me habrías mirado con esa

misma piedad, esa misma fascinación morbosa o esa misma expectativa que el resto del mundo. Ya no habría sido el hombre al que curabas, habría vuelto a ser el producto de mi familia. La página en blanco era la única forma de ser simplemente un hombre. Solo Liam. No podía correr el riesgo de perder mi único y verdadero soplo de aire puro.

Camelia cerró los ojos un instante. Las palabras de Liam la conmovían en lo más profundo de su alma, porque sabía, con su instinto de enfermera, que decía la absoluta verdad. Pero la realidad de sus dos mundos era una ecuación imposible.

— ¿Y entonces qué? —respondió ella, con la voz vibrante de tristeza, fijando en él sus grandes ojos avellana—. ¿Cuál era el plan, Liam? ¿Seguir escondiéndome en hoteles y *speakeasies* subterráneos? ¿Hacerme vivir en la sombra mientras perteneces a la ciudad entera bajo los focos cegadores?

Sacudió la cabeza, con las lágrimas amenazando de nuevo con romper su armadura clínica. — Crucé el océano para liberarme del peso de los demás. Me niego categóricamente a ser engullida por tu mundo. No seré la pequeña enfermera secreta de un ídolo público, la que remienda tus cicatrices a escondidas después de que te destruyas en el hielo para entretener a miles de personas. El abismo entre nosotros es demasiado grande.

— Camelia, te lo ruego... —susurró él, con los ojos enrojecidos, posando suavemente su mano derecha en el marco de la puerta. Bajo la manga de su chaqueta, la blancura del vendaje compresivo que ella misma le había puesto atrajo su mirada.

— No soy nada sin este refugio. Si te vas, la máquina me va a triturar definitivamente.

Fue el golpe de gracia. La confesión de su dependencia total. Pero para Camelia, oír que volvía a ser el pilar indispensable para la supervivencia de otra persona fue el detonante final. Ya no quería

ser la que debía cargarlo todo. — No soy tu muleta, Liam. Y no podrías esconderte eternamente en este capullo. Vuelve a tu arena. Tu público te espera.

Dicho esto, con el corazón hecho pedazos, puso su mano sobre el pomo frío de la puerta. Liam la miró hacer, con los brazos caídos, derrotado por la evidencia. No podía forzarla a soportar el peso de su notoriedad. No tenía derecho.

Lentamente, con el alma muerta, el capitán de los Monarchs retrocedió un paso en el pasillo del hotel.

La pesada puerta de madera maciza se cerró lentamente, cortándole definitivamente su único punto de anclaje. El clic de la cerradura resonó en el pasillo desierto como el disparo de un arma de fuego. Solo, abandonado sobre la espesa moqueta, Liam O'Connor se apoyó contra la pared. Cerró los ojos y, por primera vez en su vida, el gran coloso de hielo se puso a llorar silenciosamente, precipitado una vez más al vacío absoluto de una caída libre sin fin.

La negativa a huir

El clic de la cerradura resonó en el pasillo desierto como el disparo de un arma. Dentro de la habitación, el silencio que cayó fue de una violencia inaudita.

Camélia se quedó paralizada un largo segundo, con la mano derecha todavía apoyada sobre el frío latón del picaporte. Luego, como si le hubieran arrancado el corazón del pecho, sus piernas cedieron. Se deslizó a lo largo de la madera maciza y se derrumbó sobre el parqué encerado de la entrada, llevando las rodillas al pecho. Un sollozo desgarrador, que había contenido con tanto esfuerzo frente al coloso, atravesó finalmente la barrera de sus labios. Era el grito de una mujer que acababa de romper ella misma lo único que aún la mantenía a flote.

Thomas no dijo nada de inmediato. El neoyorquino adoptivo respetó la explosión emocional. Se acercó lentamente, se agachó a su lado y pasó un brazo protector alrededor de sus hombros sacudidos por los temblores.

Después de largos minutos dejándose arrastrar por el dolor, Camélia se secó con furia las mejillas empapadas de lágrimas. Se incorporó apoyándose contra la pared, con la mirada enrojecida pero teñida de una fría determinación. Con un paso mecánico, se dirigió hacia la gran cama donde reposaba su maleta abierta. Tomó su vestido de seda azul noche, lista para retomar la frenesí de empacar y escapar de esta ciudad que la había aplastado en menos de cuarenta y ocho horas.

—El primer vuelo a París sale mañana a las siete de la mañana —decretó, con la voz rota pero obstinada—. No pasaré ni un minuto

más en la misma isla que él.

Fue entonces cuando Thomas posó una mano firme sobre la suya, bloqueando la suave tela contra el colchón. Su mirada ya no era la del amigo despreocupado de la infancia; era la mirada de un hombre que se negaba a ver a su mejor amiga ahogarse.

—No, Camélia. No te vas.

—¡Suéltame, Thomas, te lo suplico! —sollozó, tirando débilmente del vestido—. Ya no tengo fuerzas para luchar. La mentira es demasiado grande. ¡No puedo quedarme aquí, su rostro está en todas las paredes de esta ciudad!

—¡No te hablo de él! —gritó casi Thomas, obligándola a mirarlo de frente—. ¡Te hablo de ti! ¿Por qué viniste aquí, Cam? ¿Por qué cruzaste el océano?

Ella parpadeó, desestabilizada por la dureza de su tono.

—Huiste de los pasillos lúgubres de París porque estabas vacía, exhausta, aplastada por las exigencias de los demás —continuó con intensidad feroz—. Necesitabas esa página en blanco. Si subes a ese avión mañana por la mañana para volver a esconderte en Francia, vuelves exactamente al punto de partida. Peor aún, dejas que ese hombre y su maldito mundo de luces te roben tu renacimiento. Te mintió, sí. Su universo es aterrador, sí. Pero no posee Nueva York.

Camélia bajó la mirada hacia la maleta abierta, con la respiración entrecortada. Las palabras de Thomas la golpeaban con una brutal exactitud. Volver a París significaría regresar a los pitidos estridentes de los monitores, al olor a éter y a la sensación aplastante de no haber logrado nada más que ser una enfermera de la sombra para una superestrella. Sería una confesión de derrota absoluta.

—¿Qué quieres que haga? —susurró, dejando caer los brazos a los lados—. Por favor, no me pidas que me esconda en tu casa de

Brooklyn. Eso sería huir de nuevo.
—Exactamente —sonrió suavemente Thomas, soltando su mano—. Huir a Brooklyn es cederle Manhattan. Quiero que te quedes aquí. En este hotel. En esta habitación con esa vista vertiginosa que tanto te ha reconfortado. Desharás esta maleta, construirás tu vida aquí y caminarás por la Séptima Avenida con la cabeza alta. No le des el poder de expulsarte.

Giró la cabeza hacia el gran ventanal. Los neones de la ciudad seguían parpadeando, indiferentes a su dolor. El Dios del Hielo había regresado a su arena. Puso la mano sobre el frío vidrio. Thomas tenía razón. No iba a dejar que él dictara su vida. Dejó escapar un largo suspiro, cerró los ojos y soltó el vestido de seda azul.

—Está bien —capituló en un murmullo de agotamiento—. Me quedo.

Pasaron tres semanas.
La resiliencia de Camélia había resultado formidable. Usando sus ahorros, había negociado una tarifa mensual con el recepcionista de impecable bigote para conservar su habitación elevada sobre el vacío. Este hotel de la calle 55 se convirtió en su fortaleza. El personal se acostumbró a esta francesa elegante y discreta, que salía temprano por la mañana y regresaba al anochecer.

Fiel a su promesa de reconstruirse, utilizó sus diplomas para conseguir un puesto en una pequeña clínica comunitaria de Midtown, a pocas avenidas del infierno del Madison Square Garden. Se acabaron las urgencias vitales en cadena y los traumas pesados. Tomaba análisis de sangre, aplicaba vacunas, cuidaba las pequeñas dolencias cotidianas de los vecinos. Era un trabajo a escala humana, silencioso, profundamente gratificante. Volvía a ser verdaderamente una página en blanco, dueña de su destino.

Sin embargo, la supervivencia exigía disciplina férrea. Vivir en Manhattan implicaba esquivar constantemente al fantasma de Liam. Camélia desviaba la mirada al pasar frente a un quiosco de

periódicos, evitaba cuidadosamente la Séptima Avenida las noches de partido y siempre pedía cambiar de canal cuando la televisión del café donde desayunaba emitía noticias deportivas.

Pero borrarlo de su corazón era otra batalla. A veces, al rozar un abrigo gris en la calle, su sangre se helaba. Y por la noche, sola en su gran cama, el recuerdo de su aroma bruto y el calor de sus manos ásperas la golpeaba con violencia que le cortaba el aliento. El hombre al que había atendido en su baño le hacía una falta atroz. Pero la certeza de no tener lugar en la arena de su vida y el orgullo de no ceder mantenían intacta su armadura.

Al otro lado de la isla, en la cima de su apartamento del Upper West Side, la realidad era de una oscuridad insondable.

En el hielo, el capitán de los New York Monarchs se había convertido en un monstruo absoluto. Desde aquella famosa noche en que la puerta del hotel se cerró tras él, la máquina ya no chirriaba: trituraba literalmente a sus adversarios. Las estadísticas de Liam nunca habían sido tan altas. Los periodistas no dejaban de elogiar *El Retorno del Rey*, su padre lo llamaba todos los días para felicitarlo y la dirección de la franquicia exultaba.

Pero dentro de su armadura, el coloso no era más que una cáscara vacía.

Liam había dejado de luchar. Ya que Camélia lo había devuelto a su público, le obedecía con un cinismo escalofriante. Encadenaba conferencias de prensa con perfección fría, estrechaba manos de patrocinadores sin la más mínima chispa en los ojos, sonreía a las cámaras con regularidad mecánica. Ya no sentía presión, ni estrés, ni miedo. Simplemente no sentía nada.

Por la noche, ya no huía a speakeasies ocultos en busca de anonimato. ¿Para qué? Su único verdadero respiro lo había rechazado. Se dejaba llevar por Davis, su chófer, hasta su jaula dorada, se encerraba en el aplastante silencio de su salón y miraba

el ventanal bebiendo whisky, esperando que el amanecer lo devolviera a la arena.

Estaba convencido de que ella había tomado ese famoso vuelo de regreso a París al día siguiente de su ruptura. En su mente, Camélia había regresado a los lúgubres pasillos y dejado Nueva York atrás. No podía imaginar, ni por un segundo, que aún vivía a pocas calles, respirando el mismo aire frío del otoño neoyorquino.

Un martes por la mañana, la tensión en el vestuario de los Monarchs había disminuido tras una serie de tres victorias aplastantes. Liam terminaba de ponerse los pantalones del traje, con la mirada perdida en el vacío, los músculos adoloridos pero el cerebro perfectamente anestesiado. De repente, la puerta doble se abrió de golpe. Mark, el responsable de comunicación, irrumpió con su eterna tablet pegada al pecho, con el rostro partido por una sonrisa comercial.
—¡Escúchenme bien, chicos! —gritó Mark para imponer silencio—. Entrenamiento cancelado esta tarde. La dirección ha organizado una gran operación de relaciones públicas y la presencia de los titulares es innegociable.

Se oyeron gruñidos de protesta entre los jugadores, agotados por el partido de la noche anterior. Miller rodó los ojos maldiciendo. Solo Liam no se inmutó. Cerró la cremallera de su bolso deportivo con la lentitud de un autómata.

—Es para mejorar nuestra imagen caritativa —continuó Mark ignorando las quejas—. Salimos de nuestra torre de marfil de deportistas millonarios. Vamos a inaugurar la nueva ala pediátrica y el centro de atención de una clínica comunitaria financiada por la franquicia. Habrá niños, personal médico, prensa local, todo el decorado. O'Connor, eres tú la cara del equipo, eres tú quien dará el discurso de entrega del cheque y la visita de las instalaciones.
Liam levantó lentamente la cabeza, con expresión tan cerrada como una caja fuerte.

—¿Dónde es? —preguntó con voz monótona, sin una pizca de interés.

—A apenas diez minutos de aquí. Una pequeña clínica de barrio en Midtown, en la calle 52 —sonrió Mark, encantado con la eficacia de su golpe de comunicación—. El bus sale en una hora. Sean impecables.

El capitán de los Monarchs asintió simplemente, tomó su bolso y se dirigió a la salida del vestuario sin decir una palabra más. Ponerse la máscara del benefactor sonriente para las cámaras era solo otra tarea más que tachar en su lista.

Ignoraba por completo que, al bajar de ese autobús aquella tarde, en el corazón de Midtown, su mundo de flashes y luces colisionaría de lleno con el último santuario que Camélia se había construido con tanto valor.

El santuario roto

La efervescencia que reinaba aquel martes por la tarde en la pequeña clínica comunitaria de la calle 52 no tenía absolutamente nada que ver con la agitación ansiosa de las urgencias parisinas que Camélia había huido. Aquí, la excitación era palpable y alegre. Desde el amanecer, la directora del centro había dado instrucciones estrictas a todo el personal: batas impecables, sonrisas obligatorias y pasillos despejados. Generosos donantes venían a inaugurar la nueva ala pediátrica cuya construcción habían financiado íntegramente.

Fiel a su nueva línea de conducta, Camélia se había mantenido voluntariamente al margen de los preparativos. Desde que decidió quedarse en Manhattan y construirse esta fortaleza silenciosa, evitaba cuidadosamente todo lo relacionado con la mediación pública. Huyó de la Séptima Avenida las noches de partido, desviaba la mirada de los quioscos de periódicos y no había preguntado por la identidad de esos supuestos donantes. Para ella, seguramente se trataba de otro banco de inversión o de un magnate inmobiliario en busca de deducciones fiscales. El circo mediático que generalmente acompañaba este tipo de eventos no le interesaba.

Refugiada al fondo del pasillo de la nueva ala, en la sala de cuidados número 4, estaba perfectamente en su elemento. Acababa de terminar de vendar la rodilla de un niño de siete años que se había raspado. El niño, sentado sobre la camilla, balanceaba las piernas en el aire mientras apretaba contra sí el chupete rojo que ella le acababa de dar por su valentía. Camélia sonreía, limpiando con cuidado sus instrumentos. Con la bata blanca y el cabello recogido, se sentía útil y serena. Volvía a ser verdaderamente una página en

blanco, dueña de su destino, a salvo de los flashes y del infierno de la arena.
Pero afuera, frente a las puertas de cristal de la clínica, el infierno acababa de aparcar.

El pesado autobús oficial de los New York Monarchs exhaló ruidosamente al detenerse junto a la acera. Antes de que se abrieran las puertas, ya una nube de periodistas, fotógrafos y camarógrafos de la televisión local se apiñaba contra el cordón de seguridad.

Dentro del vehículo, Liam O'Connor se levantó con la lentitud de un autómata. Bajo su traje oscuro a medida, el coloso no era más que una cáscara vacía. Desde que la pesada puerta de madera del hotel se cerró tras él, cortándole definitivamente su único punto de anclaje, había dejado de luchar. Ya no sentía presión, miedo ni ira. Se puso la máscara del benefactor sonriente con un cinismo aterrador, listo para tachar otra tarea más de su lista.

—¡Vamos, sonreíd, estrechad manos y mostrad que tenéis corazón! —gritó Mark, la tablet siempre en la mano—. O'Connor, tú te quedas delante con el cheque gigante.
El capitán bajó las escaleras del autobús. En cuanto la punta de su zapato lustrado tocó el asfalto, los flashes estallaron con una violencia cegadora. Liam enfrentó el muro de luz sin pestañear. Apretó la mano de la directora de la clínica, sonrió mecánicamente a los objetivos y posó con el gran cheque de cartón que mostraba una cifra de seis ceros. A su alrededor, la furia mediática rugía, pero dentro de su cráneo reinaba un silencio absoluto.

Estaba íntimamente convencido de que, en ese preciso instante, a miles de kilómetros de allí, Camélia caminaba por los pasillos de un hospital parisino. En su mente, ella había tomado el vuelo de regreso y había dejado Nueva York, y a él con ello, definitivamente atrás. El dolor de esa certeza era tan intenso que había tenido que anestesiarse por completo para poder seguir respirando.

—Por aquí, caballeros, por favor —anunció la directora, radiante, guiando a la imponente delegación de jugadores y periodistas hacia el interior del edificio—. Comenzaremos la visita por la nueva ala pediátrica.

El cortejo penetró en la clínica. El ruido de decenas de zapatos de ciudad resonaba sobre el linóleo impecable, acompañado del zumbido constante de los reporteros. Guiado por Mark, que le daba golpecitos en el hombro para indicarle dónde mirar, Liam avanzaba como sonámbulo, repartiendo sonrisas prefabricadas a derecha e izquierda.

Se adentraron en el largo pasillo del ala pediátrica. La mayoría de las puertas de las salas de cuidados estaban abiertas, permitiendo a los jugadores saludar al personal. Liam caminaba al frente, alto, majestuoso y totalmente ausente.

Entonces, llegó frente a la sala número 4.
La puerta estaba entreabierta. La mirada vacía del capitán barrió la habitación mecánicamente. Su cerebro registró primero detalles insignificantes: una camilla, un niño chupando un caramelo rojo y una enfermera de espaldas, con bata blanca, que tiraba gasas a una papelera médica.

De repente, el crujido frenético de los flashes de los periodistas que seguían a Liam resonó en el pasillo. Atraída por aquel ruido inusual, la enfermera giró sobre sus talones para echar un vistazo a través de la puerta entreabierta.

El corazón de Liam dio un vuelco.

El tiempo se congeló de golpe. El bullicio ensordecedor de los medios, la voz nasal de Mark, las luces crudas de la clínica… todo fue instantáneamente absorbido por un vacío sideral.

El oxígeno desapareció brutalmente de sus pulmones.

No era una ilusión. No era un espejismo producido por el cansancio o el alcohol.
Era ella.

Su cabello castaño recogido, sus grandes ojos avellana. Camélia.

No estaba en París. No había tomado ese vuelo de regreso. Seguía viviendo allí, en Manhattan, a pocas calles de su casa, respirando el mismo aire frío del otoño neoyorquino. Y ese aire, que tanto le había hecho falta, acababa de chocar contra sus pulmones con la violencia de un choque contra el plexiglás.

Dentro de la pequeña sala, el impacto fue igual de fulminante. El niño sentado en la camilla se estremeció al ver el rostro de la dulce enfermera perder instantáneamente todo color. Camélia dio un paso atrás tambaleante, sus hombros chocando contra el mueble de almacenamiento.

Su santuario acababa de ser violado.

Al otro lado de la puerta, en medio del pasillo abarrotado de gente, enmarcado por las cámaras de televisión y los flashes, estaba el Dios del Hielo. Llevaba su armadura de gala, ese mismo traje lujoso que lo hacía intocable. Sus amplios hombros parecían ocupar todo el pasillo de la clínica. Los dos mundos que ella había buscado desesperadamente separar acababan de colisionar frontalmente con una brutalidad inaudita.

El vértigo la invadió. El pánico le estranguló la garganta. Quiso desviar la mirada, cerrar la puerta, huir, pero los ojos azules de Liam la habían fijado en el lugar. La miraba con una intensidad tan incandescente, tan cargada de desesperación, incredulidad y hambre, que le cortó la respiración.

—¿Liam? ¿Qué haces? ¡Avanza! —crepitó la voz de Mark, empujándolo por la espalda—. ¡La prensa espera frente a la sala común!

La última pieza del engranaje acababa de caer.

La cáscara vacía explotó en mil pedazos. La máquina que Liam se había esforzado en mantener en marcha con cinismo aterrador durante tres semanas se detuvo en seco. Nada más importaba. Ni los miles de millones de la franquicia, ni la imagen exigida por su padre, ni los objetivos de los fotógrafos. Acababa de reencontrar su único punto de anclaje verdadero en el universo, la única mujer que le permitía respirar.

Se negó a avanzar.

—¡Liam, maldita sea, bloqueas a todo el mundo! —insistió Mark, el pánico asomando en su voz ante el comportamiento errático del capitán.

Ignorando totalmente a su jefe de comunicación, ignorando las exclamaciones sorprendidas de los otros jugadores de los Monarchs detrás de él y rompiendo en mil pedazos todas las reglas protocolares de su estatus de superestrella, Liam O'Connor se separó del grupo oficial.

Bajo las miradas atónitas de la prensa neoyorquina que continuaba filmando, el capitán de la franquicia giró su alta estatura y apoyó su enorme mano sobre la puerta de la sala número 4. Con un empuje lento pero irresistible, abrió la puerta de par en par.

Atravesó el umbral, adentrándose en el santuario de Camélia, dejando el tumulto del mundo atrás. El clic de la puerta al cerrarse suavemente resonó como una explosión.

Estaban nuevamente solos. Cara a cara. La enfermera que se negaba a ser una sombra y la estrella que se negaba a vivir a la luz. La colisión era absoluta.

La redención

El clic de la puerta de la sala de cuidados al cerrarse suavemente resonó como una explosión. Sin dudar ni una fracción de segundo, Liam levantó su enorme mano y giró el pestillo de metal, asegurando firmemente la habitación. Ese simple clic contrastaba radicalmente con el tumulto exterior, sumiendo el espacio estéril en un encierro sofocante.

Al otro lado de la puerta, el pánico amenazaba con derribar las paredes. Los puños de Mark golpeaban violentamente la madera.

—¡Liam! ¿¡Qué estás haciendo!? —gritó la voz nasal del responsable de comunicación—. ¡Avanza, maldita sea, la prensa espera frente a la sala común!

Pero a Liam no le importaba en absoluto. Los miles de millones de dólares de la franquicia, la imagen que su padre exigía, los objetivos de los fotógrafos apuntando hacia él… nada de eso tenía importancia. La máquina se había detenido por completo. Solo importaba la mujer de bata blanca que estaba frente a él.

Dentro de la pequeña sala, el choque fue igualmente fulminante. Camélia retrocedió un paso tambaleante, sus hombros golpeando bruscamente el mueble metálico. El vértigo la invadió, y el pánico le estranguló la garganta. Su santuario, el lugar donde cuidaba las pequeñas heridas del día a día lejos de los flashes, acababa de ser brutalmente invadido por el propio Dios del Hielo. En su armadura de gala, ese traje lujoso que lo hacía intocable, parecía ocupar absolutamente todo el espacio.

En medio de esta colisión absoluta, un testigo silencioso los observaba. El niño de siete años, aún sentado sobre la camilla con la

rodilla vendada, balanceaba sus pequeñas piernas en el aire. Chupaba su chupete rojo mientras miraba a aquel gigante vestido de traje con ojos grandes y redondos, totalmente indiferente al drama adulto que se desarrollaba a un metro de él. Su presencia inocente aumentaba de manera increíble la intensidad dramática del momento.

Camélia intentó desesperadamente ponerse su armadura clínica, esa fachada imperturbable y autoritaria que dominaba tan bien para comunicar los peores diagnósticos.

—No tienes nada que hacer aquí —le espetó, la voz vibrante pero esforzándose por mantenerse fría—. Traes tu arena, tus medios y tu mundo artificial al corazón de mi refugio. ¡Fuera de aquí, Liam!

Pero el coloso no retrocedió ni un milímetro. Sus ojos azules, normalmente huidizos ante las cámaras, la miraban con una intensidad incandescente, cargada de desesperación y hambre, que le cortó la respiración. La máscara del capitán estrella, esa sonrisa mecánica de benefactor que llevaba puesta durante tres semanas, se fracturó definitivamente.
—Creía que estabas en París —susurró, con la voz quebrada, ignorando los golpes de Mark que seguían cayendo sobre la puerta cerrada—. Estaba íntimamente convencido de que habías tomado ese vuelo de regreso, que habías vuelto a tus pasillos blanquecinos y habías dejado Nueva York atrás. El dolor de esa certeza me ha destrozado literalmente.

Dio un paso tembloroso hacia adelante, majestuoso pero totalmente vulnerable.

—Mírame, Camélia. Desde que la pesada puerta de madera de tu habitación se cerró tras de mí, cortándome de mi único punto de anclaje, no he vivido. Me he convertido en una cáscara vacía. He tenido que anestesiar por completo mis sentimientos para poder seguir respirando. He encadenado conferencias de prensa con

perfección fría, sin sentir nada: ni presión, ni estrés, ni ira. La máquina aplastaba a mis rivales, mis estadísticas nunca fueron tan altas, pero estaba muerto por dentro. Ya ni siquiera buscaba anonimato en bares escondidos, porque sin ti, ese anonimato no tiene sabor. Eres mi único verdadero refugio en el universo.

Las palabras de Liam la golpearon de lleno. La enfermera en ella, acostumbrada a leer el dolor, percibía la absoluta verdad de su angustia visceral. Sangraba del alma, tal como sangró aquella noche en la Séptima Avenida. Su colapso silencioso era total. Pero el orgullo, el miedo y el instinto de supervivencia de la joven seguían siendo firmes. El recuerdo del rostro depredador de la superestrella en la pantalla gigante aún le quemaba la retina.

—Ya te lo he dicho —murmuró, moviendo suavemente la cabeza, sus grandes ojos avellana empañados por las lágrimas—. Me niego categóricamente a ser la pequeña enfermera secreta de un ídolo público. Me niego a parchear tus cicatrices a escondidas mientras te destruyes en el hielo para entretener a miles de personas. La mentira es demasiado grande. Tu mundo es aterrador y la realidad de nuestras dos vidas es una ecuación imposible. No quiero vivir en la sombra mientras tú perteneces a toda la ciudad.

El silencio que siguió a estas palabras fue abrumador. Solo el pequeño ruido regular de succión del niño en el chupete rojo interrumpía el instante suspendido. Liam bajó la cabeza un instante. Comprendía su miedo. Sabía que había cruzado el océano para liberarse del peso de los demás. No podía imponerle el infierno de la arena de hielo.

Entonces, el capitán tomó la decisión más decisiva y radical de su existencia. Barrido quedaron los contratos millonarios, las exigencias de su familia y la prensa que gritaba su nombre al otro lado de la puerta.

—Entonces ya no me esconderé —declaró con una fuerza inquebrantable, cada palabra golpeando el suelo de la sala de cuidados.

Camélia abrió los ojos de par en par, jadeante.

—La página en blanco, el anonimato… ya no los quiero si ese es el precio de perderte —continuó, reduciendo a cero la última distancia que los separaba—. Me importa un comino la prensa. Me importan un comino mis estadísticas y lo que piense mi padre al ver las fotos. Me niego a esconderte en hoteles o speakeasies subterráneos. Estoy dispuesto a dejarlo todo atrás: mi carrera, mi reputación, el brazalete, si eso es lo que hace falta para que te quedes. Te amo desde el primer instante. Has sabido ver al hombre que soy, y contigo me he abierto como un libro abierto. Eres mi oxígeno, el aire que respiro. Pero desde que cerraste esa puerta, todo me parece vacío, irreal. Antes de ti, mi vida no tenía sentido. Estaba perdido, arrastrado en un torbellino sin fin… hasta que apareciste. Fuiste mi luz en la oscuridad. Si aceptas quedarte conmigo, te asumiré a plena luz. Quiero que toda la ciudad sepa que eres mi única bocanada de aire puro, la única razón por la que aún respiro.

Levantó lentamente sus enormes manos. La palma derecha, sin guante, aún llevaba la cicatriz violácea del corte causado por los fragmentos de cristal. Sus largos dedos rugosos enmarcaron el rostro de la enfermera, secando con infinita suavidad las lágrimas que empezaban a rodar por sus mejillas.

—Camélia… por favor. Déjame llevarte a la luz.

Con estas palabras, la armadura clínica de Camélia se agrietó y luego estalló en mil pedazos, al igual que el pesado cristal aquella noche sobre el asfalto. La ecuación imposible de sus dos mundos acababa de resolverse gracias al sacrificio absoluto de su Dios del Hielo. El hombre perseguido, que huía de los flashes y los paparazzi,

estaba dispuesto a entregarse a la arena por ella. La gigantesca brecha acababa de cerrarse.

Cerró los ojos, abandonando finalmente su resistencia, y posó ambas manos sobre el pecho poderoso de Liam, sintiendo su corazón golpear violentamente bajo la tela del traje. Se puso de puntillas, y él se inclinó con un hambre devoradora.

Sus labios se encontraron. No fue un beso dulce y vacilante. Fue un beso cargado de fervor urgente y desesperado, una verdadera resurrección. Por fin se reencontraban, sumergiéndose el uno en el otro para escapar del ruido del mundo. La chispa se encendió, barriendo el silencio de muerte y la anestesia de estas tres largas semanas.

—¡Puaj! —soltó de repente una vocecita detrás de ellos.

Liam y Camélia se separaron bruscamente, jadeando, con los labios hinchados. Una risa nerviosa, increíblemente liberadora, escapó de ambos. El niño de siete años había retirado su chupete rojo de la boca y los observaba con un mohín de disgusto.

—Es hora de irnos, campeón —sonrió Camélia, secándose la última lágrima de alegría—. Tu mamá te espera afuera.
La ayudó a bajar de la camilla con suavidad. El niño tomó con confianza la mano de la enfermera. Camélia se giró entonces hacia Liam, su mirada avellana brillando con una luz que él ya no le conocía. Las dudas se habían evaporado.

Liam O’Connor, el gran capitán intocable de los New York Monarchs, le tendió la mano. Camélia deslizó la suya sin titubear, entrelazando firmemente sus dedos con una nueva fuerza.

Juntos, guiando al niño, caminaron hacia la puerta de la sala número 4. Liam apoyó su mano libre en el pestillo de latón.

—¿Lista para enfrentar el vértigo de Manhattan? —susurró, con una sonrisa genuina, la primera en semanas.

—Mientras no haya camareros con guantes blancos, te sigo a cualquier parte —respondió ella con esa sonrisa traviesa que siempre lo desarmaba.
Giró el cerrojo, presionó la manija y abrió la puerta de par en par.

Inmediatamente, un diluvio de flashes cegadores, micrófonos extendidos y preguntas gritadas se abatió sobre ellos como una tormenta. Mark estaba al borde de la apoplejía, el rostro rubicundo. Toda la prensa contenía la respiración ante la imagen del Dios del Hielo sosteniendo firmemente la mano de una enfermera de bata blanca. Pero frente a la furia mediática, bajo la luz cruda de los pasillos de la clínica, Liam no bajó ni la mirada ni la cabeza. Apretó con fuerza la mano de Camélia y, juntos, unidos de una vez por todas, avanzaron orgullosamente en la arena.

Epílogo: La tinta y el hielo

Habían pasado seis meses.

El West Village se extendía suavemente bajo el sol de mayo. El viento punzante del otoño había quedado en el olvido; en su lugar, un aroma a jazmín flotaba en el aire, aferrándose a los viejos ladrillos rojos de los edificios. Aquí, el estruendo de Manhattan se apagaba como por arte de magia, dando paso a una calma casi provincial, apenas alterada por el murmullo de una conversación en una terraza o el tintineo de la campana de una tienda.

Camelia caminaba sin prisas, con el rostro levantado hacia el calor del sol. Ya no usaba gafas negras para esconderse, ni tenía ese paso rápido y nervioso de quien huye de las miradas. Había encontrado su ritmo, entre las largas jornadas en la clínica y las vibrantes noches al borde de la pista de hielo. Ya no era una silueta furtiva, ni una presa acosada. Era simplemente... ella.

Al pasar por delante de la pequeña trattoria, su mirada se detuvo en un periódico abandonado sobre una mesa. En la portada, Liam sonreía, con sus hombros anchos bajo los focos y una copa brillante entre las manos. El titular hablaba del "renacimiento del campeón", pero Camelia veía otra cosa: una paz nueva. Como si ya no corriera tras algo para olvidar, sino que jugara simplemente por el placer de existir.

Giró en el callejón, el mismo donde todo había dado un vuelco seis meses atrás, entre cristales rotos y olor a sangre.
Él estaba allí, apoyado contra el muro de ladrillos, vestido con una simple sudadera con capucha. Sin guardaespaldas, sin fotógrafos a

su paso. Solo Liam, liberado del circo de los Monarchs y de la agitación mediática.

Cuando sus ojos se encontraron, su rostro se relajó al instante. Y esa sonrisa... las cámaras nunca la habían captado. Era una sonrisa rara, casi secreta, reservada solo para esos momentos.

— Te has tomado tu tiempo —susurró él, atrayéndola hacia sí.

— Una enfermera a veces tiene más imprevistos que un capitán de hockey —replicó ella sonriendo, acurrucada contra su cuello.

Él la abrazó con firmeza, como para anclar ese momento en la realidad primaveral de Nueva York. Luego tomó su mano, entrelazando sus dedos. Bajo su pulgar, sintió la fina cicatriz plateada que cruzaba su palma. Antaño, marcaba su caída. Hoy, era como el sello discreto de lo que habían atravesado juntos. Él la portaba con un orgullo sereno, mucho más valioso a sus ojos que cualquier trofeo.

— ¿Volvemos a casa? —preguntó él, con voz baja y dulce.
Camelia levantó los ojos hacia él, y ese vértigo que antes temía, ahora lo acogía como una caricia.

— Sí. Volvamos.

Abandonaron el callejón lado a lado, adentrándose en la luz dorada de la avenida. La página en blanco que ella había venido a buscar, tan lejos de su hogar, ya no estaba vacía. Estaba llena, escrita con la tinta indeleble de sus vidas entrelazadas. Ya no era una tregua, ni un paréntesis. Era su historia, trazada entre el hielo y el fuego, y a partir de ahora, cada paso se daría de dos en dos.

Queridas lectoras:

Simplemente quería daros las gracias de todo corazón. De verdad. Por haber vivido este vértigo de Manhattan conmigo, página tras página.

La historia de Camelia y Liam ha sido un torbellino de emociones, y no habría sido la misma sin vosotras. ¿Os acordáis? De su primer encuentro, un poco brusco, en aquella acera mojada de la Séptima Avenida... hasta este último momento en el que eligen, juntos, enfrentarse a los flashes de los paparazzi. Habéis estado ahí, en cada giro, vibrando con ellos.

Gracias por haber sentido esa necesidad profunda de Camelia de dejarlo todo para volver a ser una página en blanco. Gracias por haber atravesado la armadura del Dios del hielo para escuchar la angustia silenciosa del capitán de los Monarchs. Habéis contenido el aliento en la intimidad de su apartamento del Upper West Side, en los fríos callejones del West Village, bajo los focos abrumadores del Madison Square Garden. Es también gracias a vuestro apoyo, a vuestros mensajes, que estos dos han encontrado, el uno en el otro, un verdadero soplo de aire puro.

Espero que su camino os haya emocionado, hecho soñar, quizá incluso estremecer un poco... y que os haya recordado que, a veces, para salvar lo que más importa, hay que atreverse a mostrarse, simplemente, a plena luz del día.

Y como bien promete Liam: espero reencontrarme con vosotras muy pronto para nuevas escapadas. ¡Prometido, seguirá sin haber camareros con guantes blancos!
Desde el fondo de mi corazón, gracias.